



María Antonia Ricas  
Lola López Díaz  
Joaquín Copeiro  
Ana Ferreira

M<sup>a</sup> Carmen Cerrillo  
Luis Pablo Gómez Vidales  
Manuel Palencia  
Mayte González-Mozos  
Santiago Sastre  
Joaquín García Garijo  
Rafael J. Pascual  
Paço Morata  
Rosa S. Orozco  
Rosa Trujillo Nieto / Antonio Tebar  
María José Vioque  
Jesús Morata  
Jesús Pino  
Enrique Galindo  
Francisco del Puerto Almazán  
IGV  
Juan Carlos Pantoja Rivero

Ilustraciones: *Valle Pajares*  
*Ángel Yagüe.*  
*Lola Beneytez*  
*Pepe Morata*

# HERMES



Hermes XII, Toledo, 2011

Revista Literaria Estacional  
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y  
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Patrocina: Ayuntamiento de Toledo

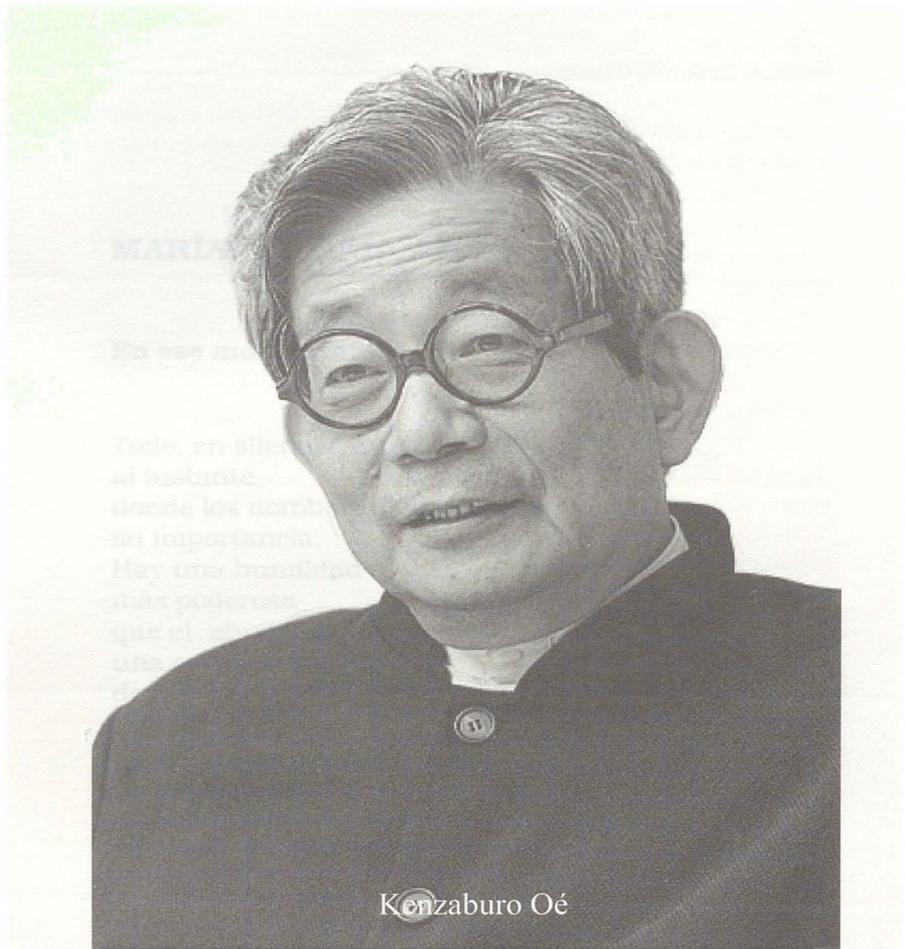
Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801





## HERMES 12



Kenzaburo Oé

**REVISTA LITERARIA  
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO**



---

## **MARÍA ANTONIA RICAS**

### **En ese momento**

Todo, en silencio, espera  
al instante  
donde los nombres abandonan  
su importancia.  
Hay una humildad  
más poderosa  
que el abrazo de Klimt,  
una carencia de dorados,  
de lujos y flores exóticas.  
Hay un gesto  
leve desafiando a la muerte  
cuando la ternura  
mezcla el deseo con el tiempo  
detenido. Sólo un instante  
detenido.

Sé que si me abrazaras  
el dolor  
no pasaría de la puerta de tiempo  
ni el miedo afilaría  
sus uñas  
en nuestra piel;  
olvidaríamos los nombres,  
el recelo,  
y en un grano de arena  
conseguiríamos un mundo.

Aunque el tiempo se resumiera  
en el instante de alcanzarnos,  
de estar incorporados  
tú en mí, yo en ti,

y luego, al separarnos,  
el tiempo prosiguiera  
golpeando en la herida.

**La carne no tocada**

amarillea.

Simula ser dorada mirándola de lejos,  
parece una cisura que desea cerrarse.

Si la tocas  
te morderá en la mano;  
es una criatura de piel antigua, tiene  
dientes  
de pelo de sirena  
enfurecida.

Pero si tú la tocas y te dejas sangrar,  
y estás tranquilo mientras duele tanto tocarla  
y que se deje...

Si la tocas  
precisamente tú,  
y a través de su mancha de silencio penetras,  
hiriéndote y entrando  
en la ranura hostil, su áspero hueco,

¿qué primitivo enigma  
o qué sabiduría de la carne por dentro,  
tan por dentro, te invita?

*Sobre un dibujo de H.R. Giger*

---

## **LOLA LÓPEZ DÍAZ**

*turris eburnea*

¡Antonia! ¡Antonia! ¡Antonia! ¡Antoniaaaa!  
¡Antoniaaaaa!

El grito la despertó. Apenas podía respirar. Lloraba y el corazón parecía que se le iba a romper. De angustia. Y de miedo. Sobre todo de miedo. Mucho, mucho miedo. Se sentó en la cama. No se atrevió a encender la luz. No. La luz no. El día no. Estaba mejor a oscuras.

Antonia, Antonia, por favor, haz algo, Antonia, haz algo, llévame contigo, Antonia, no me dejes aquí sola, tú lo sabes, Antonia, sabes que estoy sola, y papá y mamá también lo saben, todos lo sabéis, lo habéis visto, habéis visto lo que me ha hecho ¿cómo habéis permitido que me pase una cosa así? Antonia, soy yo, tu niña ¿por qué no vienes, Antonia? ¿no te acuerdas de mí?

No. Antonia no se acordaba. No podía acordarse. Hacía mucho tiempo que se había muerto. Y papá y mamá también. También se habían muerto. Y todos los que la querían. Y los que la protegían. Y los que le daban seguridad. Y cariño. Todos se habían muerto. Todos. No le quedaba nadie. En el mundo de los vivos, nadie. No había un solo ser vivo que le fuera incondicional. Ni tan siquiera su hijo. Que no es que su hijo no la quisiera. La quería. Claro que la quería. Pero no era lo mismo. Y, además, le había llegado el momento de volar y ella no iba a ser plomo bajo sus alas. No. No quería ser hijodependiente. No estaba dispuesta a amargarle la vida. Él no tenía la culpa de su... de su... ¿qué?

Porque... ¿qué era lo que le había pasado? ¿cómo podía calificarse? ¿acaso existía en el idioma alguna palabra que se aproximara? ¿alguna palabra que expresara la magnitud de la traición de José? ¿de la deslealtad de José? ¿del desamor de José? ¿del inexplicable cambio operado en José? ¿del comportamiento infame de José? ¿de la canallada que le había hecho?...

No, no, no. No era canallada. La palabra canallada no se acercaba ni remotamente. Ni traición ni deslealtad ni desamor. No. Era como si Antonia... como si papá y mamá... Él siempre había estado allí. Siempre. Siempre la había querido. Siempre la había mimado y consentido y apoyado y ayudado y reído las gracias... Como

Antonia. Como papá y mamá. Parte de ella. Durante casi treinta años. Todo tan bien. Tan bien protegido. Calentito. Los dos y el niño. En su mundo encantado.

Y de repente, de la noche a la mañana, sin más ni más, sin ton ni son, sin comerlo ni beberlo, José se había ido. La había dejado. Sola. Por primera vez en su vida.

A la intemperie.  
Desguarnecida.  
Desarbolada.  
Abandonada a su suerte.

Qué difícil aceptar. Qué difícil entender. Entender que no había nadie. Ni nada. Solo frío. Y miedo. Mucho miedo.

Encendió la radio. No quería seguir dando vueltas a la cabeza. Tenía que dormir. Aunque solo fuera amodorrarse un poco. Se tumbó en la cama y comenzó a mover el dial. Una echadora de cartas hablaba con acuario de lo que tenía que hacer para romper el matrimonio de su amante; un predicador protestante explicaba, con expresiones telebasurientas, un pasaje de la Biblia; unas chicas decían obscenidades a unos supuestos locutores que reían encantados; deportes, deportes, deportes... Una voz de monja rezaba el Rosario.

Metió la cabeza debajo de las sábanas y se dejó mecer por el ronroneo.

Antonia la llevaba de la mano. Al colegio. Era temprano. Hacía frío. Se paraban en medio de la plaza y Antonia le tapaba la boca con la bufanda. «No te vayas a enfriar, cordera», le decía. Luego seguían andando. De la mano. Olía a invierno. Antonia apretaba el paso. No fueran a llegar tarde y le riñera la Hermana Josefa.

---

## JOAQUÍN COPEIRO

### *lo que vale una peineta*

Abrió la puerta de su habitación y se dirigió a la mesa de estudio. Podría jurar que lo hizo con la única y sana intención de dedicar la tarde a preparar el dichoso examencito de Literatura del día siguiente, trece temas como trece soles, ¡quita, gato!, todos los libros del mundo, maldita sea su estampa. ¡Tíos, que en Selectividad, llevaréis estos trece más los once de Lengua, de qué os quejáis ahora, que tenéis que acostumbraros! Total, si «la vida es bella tú verás como a pesar de los pesares», que les cantaba un juglar antifranquista en la clase dedicada a la poesía española posterior a la guerra. ¡Oye, qué profe más enrollada!, ¿no?, con Paco Ibáñez y todo para la poesía. ¡Mira qué bien! Que no, mamá, que ni enrollada ni hostias, que nos coloca ahora los trece de Literatura, mañana los once de Lengua y pasado maña-

na los veinticuatro temitas, «nunca te entregues ni te apartes junto al camino nunca digas no puedo más y aquí me quedo», para que aprendamos lo que vale una peineta. ¿Lo que vale una peineta, eso os ha dicho? ¡Lo que vale una peineta! Y se sentó a su mesa de estudio dispuesto a hincar los codos durante las próximas horas, ¡joder con el gato!, para enterarse del valor de una peineta. ¡Por estas! Sin embargo, las cosas se le torcieron al poco de enfrascarse con la literatura española desde 1975 hasta la época actual. El caso es que su predisposición a encajar en su sistema límbico toda esa retahíla de nombres y títulos, que con total seguridad ni siquiera su profe habría podido retener después de veinticinco años exigiéndolo de memoria a sus alumnos, era francamente positiva. Pero el cocido que le había colocado su madre hubiera tumbado a un rinoceronte, y él no era más que un alma en pena aquejada de esa enfermedad demoledora que, según su padre -¡ya lo dice Punset, mujer, la adolescencia es una enfermedad, y nuestro hijo la está padeciendo ahora!-, era la puta adolescencia, «te sentirás acorralada -acorralado, tú- te sentirás perdida o sola -perdido o solo, tú- tal vez querrás no haber nacido». Se conoce que los garbanzos se le iban fermentando en las tripas y que los vapores subsiguientes gateaban, ¡gato, coño!, poco a poco hasta su cabeza. Un soporífero aturdimiento lo fue venciendo: cuando llegó al estudio de la poesía, su esqueleto había resbalado en la silla hasta dar con la cabeza en lo alto del respaldo;

con los «metapoetas», se decidió a colocar los pies encima de la mesa, de manera que luego no entendió muy bien en qué se diferenciaba el «culturalismo exhibicionista» del «esteticismo decadentista»; pero el remate llegó con el «minimalismo»; para entonces, las líneas del libro iniciaron una danza macabra en torno a su cerebro y ya no halló la manera de entender si lo de «poesía del silencio» se refería a que el poeta callaba cuanto no quería decir o callaba cuanto no le permitían decir, como le ocurría a él cada vez que le tentaba la idea de soltarle cuatro cosas a la de Lengua.

«Pero el cocido, ¡cómo estaba el cocido! ¡El tocinito, la morcillita, la «poesía neosurrealista», el choricito, el meloso, la «poesía metafísica», el pan candeal, ese hueso de caña, la «nueva sentimentalidad»! ¡Qué pringue, Dios, qué pringue, qué «poesía del conocimiento», o qué tuétano y qué «poesía de la experiencia»! ¡Y yo con un examen, que para qué demonios me valdrá todo esto, si yo lo que quiero es trabajar de estanquero, vender tabaco, sellos y loterías, y empaparme de todo lo que se cuece en el barrio! Bueno, pues nada, cocido, digo Literatura, y yo que ya no aguanto más, que se me cierran los ojos, que se me cae el libro, que ese taconeo es de mi madre, que ya viene a liármela, que...».

-¿Estás estudiando el exameen? ¿Te sabes yaaa los autorees y las obraaas?

Pero por suerte, el taconeo se aleja hacia la puerta de la calle. Los goznes chirrían porque, sin duda, la puerta

se está abriendo. El portazo siguiente le indica que su madre se ha ido y que la casa y la tarde quedan a su entera disposición. Así que cierra el libro arrumbando entre sus hojas a todos los poetas desde los «novísimos» hasta los «visuales», se incorpora en la silla y, en la seguridad de que una buena siesta le será más beneficiosa que intentar retener como papagayo todo aquel listado inacabable de movimientos, poetas y obras, salta como un resorte a la cama con la intención de tumbarse en ella y no volver a abrir los ojos hasta que acabe el tele-diario de las 9:00. Solo que no acierta a imaginar que el lugar del lecho sobre el que ha de aterrizar su cuerpo ya está ocupado por el gato. Así que un maullido sobrecolector, «tú no puedes volver atrás porque la vida ya te empuja como un aullido interminable», lo espabila de golpe. Cuando se incorpora en la cama y mira al minino, este, con la lengua fuera y los pelos de punta, yace convertido en un vulgar felpudo.

-¡Para que aprendas lo que vale una peineta, tío!

---

## **ANA FERREIRA**

### *hazte cargo*

Tiene dieciséis años cumplirá diecisiete en tres meses, y lleva otros tantos preparando la forma en la que se lo dirá a su padre. Se planta delante del espejo y argumenta; se rebate, explica, busca las caras más convincentes, la fórmula que le pueda asegurar una manera clara y lo más eficaz posible para intentar hacer entender a su progenitor, dueño de una gran empresa de reciclado de papel, sus deseos, a los que ya no puede renunciar por más tiempo.

El joven ha sido siempre independiente, extremadamente inteligente, además es guapo y encantador. No le interesan las relaciones estables o reproducirse y quiere dedicar su vida a la repoblación y recuperación de las aguas marinas. Tiene las ideas claras, la mente bien amueblada, y es el orgullo de la familia. Pero en este

momento lo que más le preocupa es el resultado de la conversación que está ya deseando mantener con su padre, necesita de su apoyo y comprensión para continuar hacia adelante con sus planes vitales.

Casi todos ven a su padre como alguien emprendedor y resuelto. Cuando todavía nadie pensaba en ello, puso en marcha la idea de una planta de reciclaje. Había vivido cosas como el mayo del 68 y fue un joven hippy, pacifista y de amores libres, hasta que conoció a su madre, y dejó de apetecerle compartir chica y espacio vital. Se ocupó de los negocios familiares y los reformó y actualizó, compro casa, cochazo y se convirtió en el jefe de más de 100 empleados, engordó y entre la grasa se le perdieron las utopías ...bueno, a él le parece un empresario de ideas anticuadas e ideales marchitos, pero solo puede recurrir a su ayuda y apelar a aquel joven revolucionario que se supone fue en su día y de lo que continuamente presume.

Después de que la madre se fugase con un cantautor trasnochado, el padre tiene la costumbre de reunirse todos los viernes en casa con los amigos para jugar la partida de póker y en muchas ocasiones les ha escuchado hablar sobre sexo y sexualidad. Todos comprenderían perfectamente que sus hijos o hijas tuvieran una sexualidad poco convencional, entendían la libertad sexual « lo que importa es que sean felices» -repetían incansables- y si resultaba que sus chicos fuesen homosexuales se quedarían tan tranquilos, vamos, que en vez

de perder un hijo, ganaban otro, decían entre carcajadas. Muy modernos, muy actuales.

Busca delicadamente el momento adecuado. Está seguro de que su padre en el fondo entenderá perfectamente, aunque le cueste algo de tiempo reconocerlo. No recuerda la cantidad de veces que le ha escuchado decir «tiran más dos tetas que dos carretas». Es en lo primero que se fija cuando ve a una mujer y lo primero que comenta cuando hace alguna valoración sobre alguna fémmina, aunque sea de trabajo, si está en confianza. -»Es una gran secretaria, y menudas tetas tiene».

Así de la panadera, de la portera, de sus amigas, de sus novias, de sus primas, de sus cuñadas, vamos, de todas. El chico ha crecido, entre otras, con máximas como: «teta que cubre la mano no es teta sino grano, teta que la mano no cubre no es teta sino ubre...».

Desde hace años se da perfecta cuenta de que el mundo de su padre es sus negocios, sus amigos, sus hijos y las tetas. Así que piensa que podrán entenderse aunque sea con dificultad, dado lo extravagante de su propuesta, y siente que la tiene coherentemente argumentada.

Escoge el domingo por la tarde para hablar con él. Es un día tontorrón y tranquilo el domingo, un buen momento para poder hablar sin prisa. Se acomodan en el sofá del salón, el padre está expectante, intrigado y receptivo, el chico le explica que necesita hacerse una operación de cirugía estética, para él de vital importan-

cia, afecta a su independencia y le permitirá concentrarse más en su futuro.

Sorprende al padre, él le ve perfecto, pero entiende que el joven pueda tener alguna inseguridad, no acierta a entender por qué, pero de entrada está dispuesto a ayudarlo. El muchacho se lo merece, le ha dado tantas satisfacciones a lo largo de los años que si necesita esa pequeña ayuda, no le va a dejar en la estacada, sabe que se lo está contando porque para él es verdaderamente importante y no piensa defraudarle.

El interés y comprensión del padre animan al joven a exponer su necesidad: tiene que operarse el pecho ¿...? Quiere ponerse tetas, tetas que la mano no cubre. Necesita concentrarse en su futuro, pero le tiran más dos tetas que dos carretas y quiere su independencia, no puede estar corriendo detrás de las chicas que las poseen y perder el tiempo de esa forma, tiene demasiados planes de vida a los que no quiere renunciar y requieren concentración, ha pensado que si las tetas las tiene él ya está resuelto el problema, no tendrá que estar pendiente de nadie más, con sus tetas a mano, el futuro le pertenece.

- Papá, hazte cargo...

---

**M<sup>a</sup> CARMEN CERRILLO**

*la soledad de Ibrahima*

La noche almeriense está en calma, sentado en la arena de la playa, Ibrahima observa la negrura sin límites que se extiende ante él, a pesar del dulce y melancólico son de mar que se repite con la cadencia de un salmo litúrgico, se estremece al recordar otra noche menos inocente, imágenes recurrentes que después de tanto tiempo no consigue ignorar.

Le parece tan lejano el día en el que abandonó su casa... en el poblado, la agitación se mezclaba con el polvo amarillento y seco que recorría las calles, la familia y los amigos de Ibrahima habían reunido el dinero suficiente para que el muchacho pudiera comprar un pasaje hacia la tierra prometida, en una embarcación incierta y decrepita.

Por fin había llegado el momento, los vecinos, expectantes y curiosos, se reunieron para despedirle alrededor de la choza que compartía con su familia, sus padres se sentían tan orgullosos que no podían dejar de besarle y abrazarle, al tiempo que le daban todo tipo de consejos, manteniendo a raya esa sombra de inquietud que les provocaba el destino dudoso al que se dirigía su hijo.

Su hermano Abdou le colgó del cuello un grisgrís, él mismo había confeccionado la bolsita de cuero y había metido dentro hierbas, aceites, huesos y todo lo que el brujo del poblado le había indicado para que la suerte acompañara a Ibrahima en su andanza. Abdou sólo tenía 12 años pero su mayor deseo era partir con su hermano, a pesar de lo mucho que insistió no se lo permitieron y finalmente cedió prometiéndose a sí mismo marchar en cuanto le fuera posible.

Cuando Ibrahima miró hacia atrás por última vez, el rostro redondo de su hermano destacó entre todos los demás y en el corazón le quedó impresa aquella mirada inquieta, mezcla de admiración y envidia.

Ahora la desesperanza le invade, creciendo al mismo ritmo que el rumor de las olas, hace más de tres meses que no trabaja y que no envía dinero a casa, aunque no sea mucho, a veces tan sólo 50¼ , es suficiente para que sus padres y su hermano coman todo el mes. Estarán preocupados, quizá imaginen que ha enfermado, pero no se



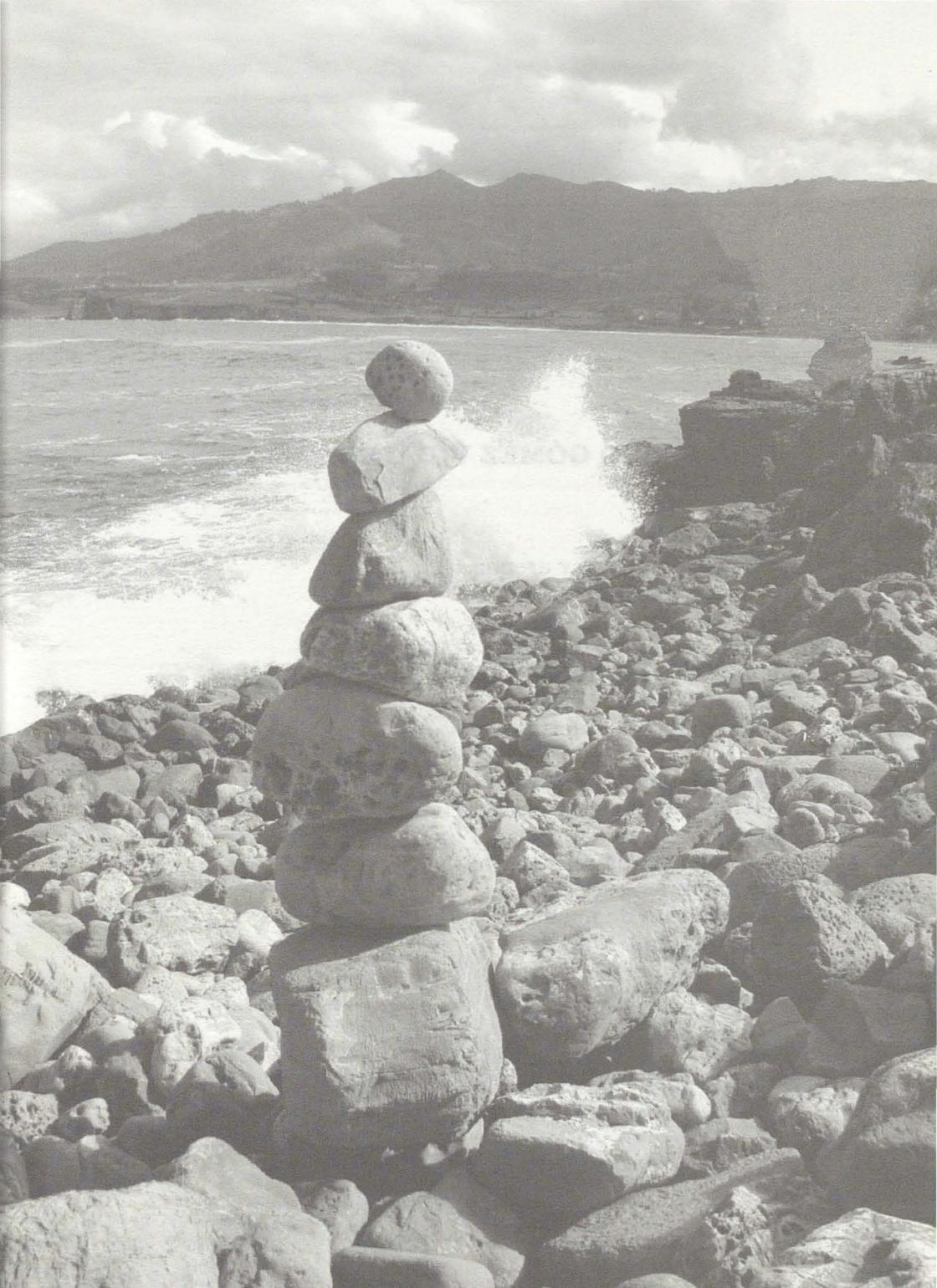
Al caer la noche del segundo día de andar por caminos polvorientos, llegó a Saint-Louis con su pequeña y, aún así, medio vacía maleta, y se dirigió a la playa acordada, elegida por estar alejada de la población, aunque ya la policía había recibido razones de peso para dejar esa noche, como muchas otras, fuera de las rondas de vigilancia esa zona. Ibrahima subió al cayuco, la inquietud que le estremeció en un primer momento se fue convirtiendo en miedo a medida que la embarcación se fue llenando de gente, hasta que no quedó un solo hueco, todos se preguntaban si aquello sería capaz de navegar, pero nadie se atrevió a hablar.

Tardaron 2 días más de los previstos en alcanzar la costa canaria, aunque las provisiones y el agua se habían acabado mucho antes, imposible olvidar el llanto de los niños, los gritos de las mujeres, la desesperación de los hombres y el ruido sordo de los cuerpos sin vida arrojados al mar. En los últimos días de navegación ya no había problemas de espacio, pero Ibrahima se asfixiaba, la angustia originada en lo más profundo de sus emociones le dificultaba la respiración.

Cuando desembarcó, la noche era tan negra como la que observa hoy desde la playa, no le duelen los días inciertos que pasó en el centro de acogida, antes de que pudiera escapar a la península, viendo cómo la mayoría de los compañeros y compañeras de viaje eran devueltos a Senegal, ni le duele el cuerpo al recordar el trabajo duro,

muy duro, en los invernaderos de Roquetas, soportando temperaturas tan elevadas que muchos se desmayan ante las miradas despectivas de los capataces, ni le duelen los pulmones de aspirar los pesticidas que envenenan el aire dentro de esas enormes trampas de plástico que sólo los negros son capaces de soportar por un precio tan bajo que apenas les permite sobrevivir. Le duelen la soledad, la frustración y el desprecio de la gente que se permite juzgarle sin darle una oportunidad para mostrarse. Le duelen las miradas que se preguntan qué clase de locura mueve a las personas como él a arriesgar su vida en el mar para malvivir desarraigados, porque no entienden que no están más locos ni arriesgan más que los que sobreviven en el desierto o en países donde no se reconocen derechos que aquí se obvian.

Las lágrimas le acarician el rostro aniñado con mirada de viejo sabio a fuerza de vivir sin contemplaciones, sin darse cuenta ha estado jugueteando con el grisgrís que Abdou le regaló, lo mira con amor, allí se encierra la esencia de lo que en verdad merece la pena y siente cómo la fuerza del amuleto le invade. Ibrahima se limpia las lágrimas y se levanta decidido a que nada se lo impida, jamás defraudará la mirada de Abdou, se sacude la arena del pantalón y comienza a caminar dejando que la tristeza busque acomodo en la playa mientras él sigue adelante.



---

## **LUIS PABLO GÓMEZ VIDALES**

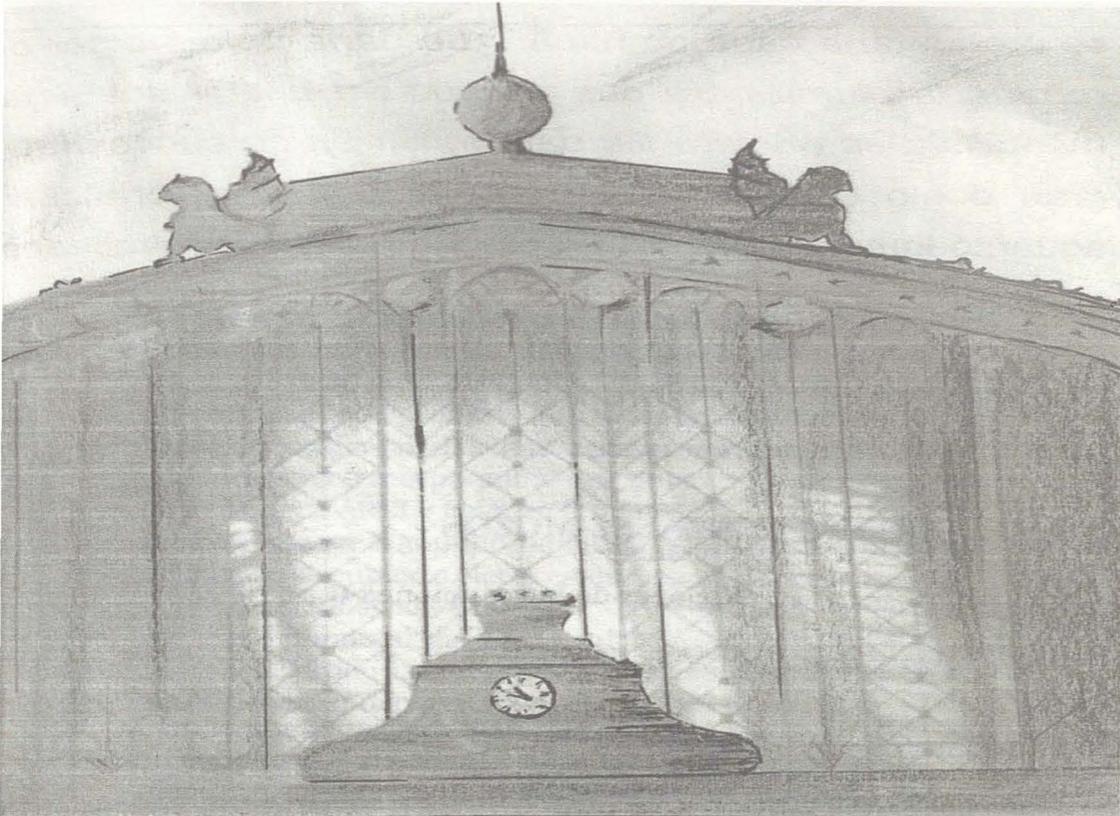
Osadía de agua  
silencio de piedra y arena;  
tu ausencia aire,  
lluvia de luz.  
En el ojo sonido de sombras;  
las palabras se duermen,  
se siembran en la noche  
frías, blancas, muertas...

La osadía alcanzo el agua,  
silencio de piedra; tu ausencia,  
lluvia de luz con aire de arena.  
En el ojo suenan las sombras  
las palabras se duermen,  
se siembran de noche:  
Frías, negras, muertas

*25 de julio Asturias 2009*



se volvió a observarnos con gesto reprobador. Recuerdo, sobre la mesa, su recién editado *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario*, motivo de nuestra desmesurada celebración. La conversación giraba en torno a la ingenuidad de los escritos de Sartre, que él siempre calificaba de faltos de sufrimiento, detestando su hipócrita ilusión, como él la llamaba. Pero en fin, despotricaba palabras sobre las cabezas de los comensales aunque en el fondo despreciara sus propios pensamientos tanto como los de los demás. Salimos del restaurante muy tarde, ya anochecido, con una borrachera notable que nublaba ideas y proyectos. Émile, se detuvo a observar a un barrendero que limpiaba las calles del Quartier Latin con parsimonia, se quedó verdaderamente embobado contemplándole. Luego, cruzó la calle ante nuestra sorpresa y tras convencerlo mediante el pago de alguna cantidad de dinero, cogió sus trastos y prosiguió su interrumpida labor como si tal cosa. Se despidió de nosotros con un *au revoir* que resonó cavernoso en la oscura calle mal iluminada. Al parecer barrió las calles de París durante tres noches seguidas. Unos meses después publicaba *Ese maldito yo*. Así lo recuerdo, incorrecto hasta lo intolerable, mezquino, desastrado, insolente, sutil, intrigante y calumniador; captaba los menores detalles de una alusión o un pensamiento; gritaba feliz ante una exageración o una broma. Todo en él era atrayente y repulsivo a un tiempo. Un canalla al que echo de menos.



Hayte

---

## MAYTE GONZÁLEZ-MOZOS

### El poder de las canciones II

#### *la rubia del paso de cebra*

Aquel día la primavera no había respetado el final del invierno, y el calor pesaba en las prendas de abrigo que nos cubrían. Los sentidos parecían querer reventar a través de la lana y el cuero de la ropa. La ciudad estaba engalanada y repleta de actividades, era la semana de la Feria Internacional de Arte. El asfalto de Madrid ardía en mis medias negras, y las botas eran un estorbo en el paso de cebra de Atocha. Enfrente, el peatón insistía en seguir rojo y estático, como un geranio, cuando miré a mi derecha y le vi. Aquel hombre y yo, excepcionalmente, éramos los únicos que esperábamos cruzar. Su experta mirada resbaló desde el tinte de la raya de mi pelo hasta las tapas de mis tacones, no sin antes tropezar un par de veces por el recorrido de mi cuerpo. Como respuesta topó con el escudo de mi indiferencia. Llevaba unos ojos historiados y bonitos, en su

rostro la viruela había dejado huellas y vestía de negro. Seguíamos en la misma dirección acercándonos a la antigua estación «del Mediodía». Él ajustaba sus pasos a mi ritmo, cuando pronunció: «¿A dónde vamos, rubia?». Tardé en contestar. Por entonces yo era una chica de provincias recién separada y que había hecho su escapada anual a ARCO; fiel a mi formación. Y no conocía la prensa rosa ni el mundo musical. Le respondí porque dejaba al descubierto cierto estilo.

-Yo a Albacete, tú no sé.

- «A donde tú me lleves». -dijo.

Y echando la nuca hacia tras, me carcajeé. Preguntándome que por qué no.

- «A Valencia. Llevamos el mismo tren». -continuó, con un tono de seguridad que iba más allá de lo que estaba diciendo.

Los trenes ya no fumaban, por lo que la carbonilla no se posó en ningún lugar; el recuerdo de aquel trayecto sí depositó una escarcha en mi memoria. Aún se bajaban las ventanillas, así que el aire podía abofetearte la cara a placer. Ya estaban electrificados y no se olía la humareda de la locomotora. Todavía vibramos al paso de las bielas y sufríamos algunas violentas sacudidas, eso sí, sin escupir maletas de cartón de la redecilla. Repartían ya auriculares para el video, cosa que nosotros ni utilizamos, ni le prestamos atención. Pero aseguro que, no sólo para mí, ese viaje fue... como poco, romántico.

\* \* \*

Él y yo hicimos una parada en el bar del vagón continuo. Y fue en el escueto aseo donde me confesó que lo que más le atrajo de mí, había sido que yo no le acosara exigiéndole un autógrafo. Ya me olía yo que no había sido mi semejanza con la Bacall lo que le indujo. Lo arregló diciendo que yo tenía piel de hada. Cosa que hizo, junto con su saber hacer, que me sintiera flotar hasta sentarme en el mini-lavabo arrollándoseme la minifalda azul. Nunca imaginé aquello en un sitio así. Él, seguramente, con mucha frecuencia y en los sitios más inverosímiles. La verdad es que acompañada de hombres como él, aún en lugares así te puedes sentir princesa. Todo sucedió muy rápido; contribuyó lo furtivo del lugar. Así que yo me fui la primera, con urgencia y placer desproporcionado. Él, inmediatamente, con resolución, y supuse que con su habitual goce. Yo visualicé imágenes de la primera vez. Él, fijo que de la última.

Fue él el primero en salir. Yo quedé componiéndome, recogiendo... mi instinto, envolviendo mi necesidad satisfecha. Bajé del lavabo y subí a mis botas de tacón, que me llevaron a su lado, por poco tiempo. Rumié, una vez más en mi memoria, su particular careto que me empezaba a resultar conocido, como algo que cuesta trabajo digerir; cosa que en ningún momento adquirió relevancia. Mi billete se acercaba a su fin y yo descansé la sien en el frío cristal, mientras miraba el bajo horizonte

manchego como quien mira el mar. Insinuó que continuara, dijo que no había problema por nada. Pero yo no sabía si era caballerosidad, y ya estaba decidida y en pie recogiendo mi parafernalia artística y el bolso.

La tarde había teñido todo con mi color favorito. Tuve que desasirme del abrazo a la utopía al pisar el andén, y sentí que el tren en su ida, me arrancaba algo muy íntimo. Después supe quién era. Y de su afición a las Lumis y otros vicios. Un año más tarde escuché sus Blues «Medias Negras» del disco «Mentiras piadosas». A mí me dio por pensar que él le echó literatura a nuestro encuentro, o que por supuesto, hubo muchas más rubias en su vida....

*Para Joaquín Sabina, por los buenos  
momentos que me hizo pasar; con su canción.*

---

## **SANTIAGO SASTRE**

### *el rey de Barataria*

Si tuviera que gobernar no quiero  
un reino que tenga mucho terreno.  
Pequeño tampoco, pensándolo ahora.  
Ni Rusia ni ciudad del Vaticano.  
Es que no sirvo para estar pendiente  
del pueblo llano, de la burocracia,  
los impuestos, las leyes y el ejército.  
Aunque me ayudaran buenos validos  
estaría todo manga por hombro.  
Desearía andar por el jardín  
de mi vida privada todo el tiempo  
y esa no es manera de gobernar.

Confieso que no puedo dar discursos  
cuajados de palabras rimbombantes,  
ni llevar la boa de la corbata,  
ni lucir un afeitado perfecto,  
ni quizá mantener la compostura  
en todos los sitios a los que vaya.  
Si mi reino es de este mundo será  
un oasis muy zen y sin fronteras  
donde estén mis libros, mi ordenador  
con internet, el vino de pitarra,  
unos langostinos con mahonesa,  
la desnudez de estar con los amigos,  
ir a las bibliotecas y a los cines,  
ver nervioso una final Madrid-Barça,  
un poco de Vivaldi y Gabinete,  
y disfrutar al lado de mi chica  
y mis hijos esos instantes de oro  
en los que siento que el mundo es eterno  
(como pensaban los antiguos griegos).  
Lo cambio todo por la aristocracia  
de vivir con quien elijo y así hacer  
lo que me sale de los cataplines,  
por decirlo en neto. Es mi Barataria  
tener buena tierra en el corazón  
para sembrar la savia que me gusta.  
Y si en mi escudo apareciera un lema  
pondría que hice todo por estar  
siempre en zapatillas de andar por casa.

---

## JOAQUÍN GARCÍA GARIJO

### *Palmira*

Suena Bach en los delicados dedos de Pau Casal, la envolvente cadencia de la Suite para cello n° 1 le eleva hacia el techo siguiendo las volutas fútiles del humo de su cigarrillo; tiene los ojos entornados mientras se desgranán los compases de la música. Ezequiel mira por la ventana la cascada de tejados que caen hacia el río en ese lado de la histórica ciudad. Es la última hora de la tarde y admira, fumando cigarrillo tras cigarrillo, cómo el sol se oculta detrás de los cerros de enfrente, el Valle; la luz densa amarillea todo el paisaje que contempla, el fin de la Primavera inunda de calor el caserío ocre de la vetusta urbe. El timbre del teléfono destroza el instante mágico que acaba de vivir. Ezequiel se separa de la ventana y contesta.

-Yo ya he cumplido mi papel, solo quiero mi dinero

y desaparecer-Alguien responde algo al otro lado del teléfono y él cuelga el auricular.

Apaga el equipo de música y de un pequeño cajón, oculto en el aparador, saca su pequeño revólver que se guarda en el bolsillo del pantalón. Sale a la calle y el aire pesado del anochecer incipiente contribuye a adormecerle aún más. Camina con paso lento, deshaciendo la madeja de callejones que bordean la parte alta de la antaño gloriosa capital, hasta llegar a la casa del Holandés. Un gran muro cierra la enorme mansión sobre la Cornisa, que cae casi a pico hacia el río, así se evitan miradas indiscretas y sirve de baluarte. Está ante la puerta principal, pulsa el timbre y aguarda a que Aquilino venga a recibirle

-Pasa, el Holandés te espera en el salón-le saluda Aquilino ocultando su pistola detrás de las piernas.

Ezequiel traspasa la puerta de la casa y atraviesa una gran sala de donde nace una monumental escalera que sube hacia la segunda planta, parece que esta escalera sería más propia de un Chateau francés por los mármoles y los pasamanos de finas tallas de madera; en la sala cuelgan grandes cuadros con personajes religiosos, todos adornados con gruesos marcos dorados; al fondo observa una puerta que está entreabierta, Aquilino se detiene ante ella y teatralmente le cede el paso.

Ezequiel enfrenta los ojos del Holandés detrás de la mesa de su despacho.

-Hola Ezequiel, siéntate aquí- le dice señalando una de las sillas confidente que tiene delante de su mesa. La

escena parece ambientada en el despacho de un Notario del siglo XIX; la mesa con relieves de guerreros, las patas de los muebles con forma de grifo alado, las colosales sillas tapizadas de cuero verde, sobre la mesa la escribanía de latón dorado, la lámpara de bronce con pantalla de cristal verde y el cuadro con el juramento de los Horacios. Todo contribuye a la desconfianza de Ezequiel.

-No, prefiero seguir así, en pie- corta él

-Bueno Ezequiel, ya has terminado tu trabajo; todos los coches están en Moscú. ¿Quieres tus dólares?, aunque el último Mercedes 500 no llegó del todo bien, tenía sangre en un asiento- Le reprochó El Holandés.

-Eso deberías preguntárselo a tus matones, que me esperaban en Estambul. La cita era en el Chalet del Bósforo, y allí no había nadie.

-Eso fue un malentendido, ellos pensaron que querías pasar a otros el Mercedes y por eso te hicieron la encerrona en Gálata- se justifica El Holandés

Parece que Ezequiel se va a marear, la sangre le sube muy deprisa a la cabeza y casi nota como le arde la cara, siente un odio profundo, vehemente; todos los músculos de su cuerpo se tensan a la espera de alguna reacción violenta de su cerebro; con extrema lentitud mete el dedo índice en el gatillo del revolver dentro del bolsillo del pantalón, esboza una ligera sonrisa y entorna ligeramente sus ojos detrás de las gafas de sol.

-La sangre del asiento era de Palmira, murió desangrada en «tuuu» asiento, de un disparo de «tuuus» matones- le lanza a El Holandés con voz excesivamente

suave, engañosa, entretanto tuerce la mirada hacia Aquilino y a la vez dispara el revólver sin sacarlo del bolsillo mientras descarga el puño izquierdo sobre su nariz. La bala fue certeramente a alojarse entre las cejas del Holandés, que cayó aparatosamente sobre la escribanía de la mesa, derribando todo a su paso, la sangre enseguida recorrió el tablero de nogal de la mesa para derramarse en un gran charco pastoso y escandalosamente carmesí en la tarima del suelo. Aquilino intenta levantarse rápidamente, pero una seca detonación le detiene y revela que otra bala también se aloja entre sus ojos.

Ezequiel, sin prisa, se vuelve y camina hacia la puerta de la calle; según anda, los recuerdos de Palmira regresan bruscamente, haciéndole asomar ardientes lágrimas en sus ojos. Parece estar sintiendo la luz cegadora del verano lisboeta. La conoció en su querida Alfama, siempre añorada por ella; el encuentro ocurrió en el Mirador de San Jorge. Él estaba esperando un contacto que le entregara un automóvil recién preparado para su «exportación» y ella explicaba a un grupo de turistas españoles las partes de la Ciudad, la historia del terremoto y el Marques de Pombal; poco a poco se iba acercando a su grupo escuchando sus disertaciones, hasta que llegó un momento que su acción no pasó desapercibida y Palmira le dirigió una mirada desafiante que le desarmó, «continúe por favor, no ha sido mi intención interrumpirla». Se alejó al instante, en ese momento Palmira daba a sus pupilos unos minutos libres para fotografiar el panorama, cuando se acercó a ella para disculparse

comenzó su apasionada historia. Se citaron en el bar del Hotel Tivoli donde se alojaba. Después se volvieron a ver en el café «A Brasileira» y acabaron el día cenando en un pequeño restaurante del Chiado, escuchando Fados. Bajaron a su hotel paseando por Liberdade y desde aquella noche, que durmieron abrazados en la habitación del Tivoli, nunca se volvieron a separar.

Al salir del jardín del Holandés el revuelo que ha estallado en la calle después de los disparos le trae inmediatamente a la realidad. Intenta disimular los pantalones desgarrados por las descargas y continúa su paseo por la Cornisa sobre el río hacia el centro de la vieja ciudad. Siguiendo las intrincadas callejas se aleja pronto de sus víctimas. De nuevo está ante el ventanal de su casa, la oscuridad reina en la habitación, sin apenas muebles, la música ha vuelto a sonar; otra vez las notas de Bach flotan en la noche negra, Ezequiel tiene los ojos pegados al cristal mirando a ningún sitio.

Palmira y él contemplan el Bósforo desde el Café de la Torre de Gálata, la bruma azulada tiñe todo el paisaje, en él sólo sobresalen los mil alminares de Estambul. Palmira ladea la cara y le mira con dulce tranquilidad.

-Vamos Ezequiel, volvamos al Hotel, no ocurrirá nada, hace rato que estamos aquí y no nos sigue nadie.

---

## **RAFAEL J. PASCUAL**

*es lo que pasa, apa*

*A Aparicio, por aquellos  
viajes y aquellas historias*

Hay personajes de esos en la vida que están presentes durante un buen periodo de la existencia y luego, de pronto, desaparecen para siempre. Apenas nos queda, después, el recuerdo de sus pasos por los días lejanos de nuestra infancia, juventud o madurez. Aparicio es, en mi caso, uno de ellos.

Llevaba el autobús F que hacía el recorrido Cuatro Caminos-Ciudad Universitaria. Los coches de esa línea eran, entonces, unas tartanas viejas sin calefacción y sin aire acondicionado. Me recuerdo sentado en cualquier sitio, a primerísima hora de la mañana, con el abrigo bien cerrado y recogido sobre mí mismo casi has-

ta el punto de implosión, durante los largos días de invierno universitario. De los momentos calurosos me acuerdo menos, quizás porque el frío de aquellas mañanas, clavado como astillas en la piel, resultaba más doloroso que el calor del verano.

Conservo otras imágenes de mi experiencia viajera en aquel autobús, como los momentos de apretada convivencia, o la imposible estabilidad ante el frenazo de turno, quedando apenas la alianza directa con la barra de sujeción o alguno de los gastados asideros de mano que, irremediablemente, se deslizaban a su vez abajo y arriba por la citada barra. Nada, por otro lado, con lo que cualquiera no pueda identificarse en su propio periplo a bordo de un coche de línea.

Normalmente lo que suele dar mayor protagonismo a las aventuras urbanas en transporte público es el propio elemento humano: los viajeros o los conductores. De hecho, son estos últimos quienes protagonizan muchas de nuestras anécdotas y recuerdos más vívidos, por cuanto vienen a convertirse en figuras conocidas, mucho más de lo que lo hacen otros compañeros con los que compartimos esos viajes.

Personalmente me corresponde hablar de Aparicio. Este hombre simpático y bonachón, quizás de unos sesenta años en la época -ya hace tiempo- y más cerca entonces de la jubilación que de cualquier otra parte,

empezó a tomar protagonismo en mis mañanas repetidas y cotidianas sin que pueda recordar exactamente cómo ni cuándo. Tuvo que ser en algún momento del transcurso de mi primer año en la Universidad, o como mucho durante el segundo, y en cualquiera de aquellas ocasiones en que uno permanece más que cerca del conductor durante gran parte del viaje. En un momento de ese tiempo compartido, el bueno de Aparicio debió sentirse proclive a hacerme alguna observación o comentario determinado.

Hay unos posibles cómo y cuándo referidos a un sábado en que asistía a cierto congreso celebrado en la Escuela de Biblioteconomía y Documentación. Recuerdo esta instantánea porque era difícil convencer a Aparicio de que me dirigía a un encuentro de estas características en el citado centro. Probablemente incapaz de entender qué tipo de Facultad y estudios eran aquellos -relativamente nuevos como tales- no hacía más que repetirme que las bibliotecas permanecían cerradas los sábados, así que el pobre no acababa de entender a dónde me dirigía yo y para qué. De alguna manera diplomática debí conseguir dejar la cuestión a un lado.

En cualquier caso, esta primera semblanza me sirve para acercar su figura a la realidad que muchas veces compartí con él durante aquellos viajes: la incomunicación, generalmente no por situaciones como la anteriormente referida, sino más bien por circunstancias técni-

cas y de medio ambiente acústico que -créanme- tienen tanta importancia como cualquier otro tipo de problemas. La cuestión era que Aparicio, de por sí buen conversador y con muchas historias auestas para contar, hablaba realmente bajo. En sus gestos calmos y el volumen discreto de su voz se adivinaba la presencia de un hombre presumiblemente tranquilo y paciente, aplacado en la exasperación humana que a todos nos devora más de una vez, y crecido en la plenitud de una experiencia que le ha convertido en sabio receptor, capaz de tomar las cosas con tranquilidad objetiva y espíritu de *no hay nada sin solución excepto la muerte*.

Hace falta poca imaginación para combinar esta circunstancia personal con los problemas típicos de un viejo vehículo que hace mucho ruido de motor o de puertas que se lamentan cansadas y chirriantes, más el ruido de viajeros que rezan mil conversaciones tejidas a un mismo tiempo en medio del tráfico exasperante y denso de Madrid, para comprender que más de la mitad de las veces yo no tenía ni idea de lo que estaba diciendo mi contertulio. Digamos que la conversación iba bien hasta que en algún punto yo empezaba a dejar de oírle con claridad -unas palabras sí, otras no- de modo que una vez pasado un cierto número de minutos ya no sabía por dónde íbamos ni qué giro había tomado la cuestión: no podía seguir la charla pues no tenía idea de por dónde hacerlo. Era en este punto en el que la conversación de marras se convertía en el monólogo de marras, y dejaba

a Aparicio contarme lo que fuera mientras seguía luchando -eso sí- contra los elementos.

Supongo que hoy sería todo tan fácil como confesar que no le entendía. Pero entonces era muy joven y me daba cierto reparo señalar tal cosa a una persona mayor que, con toda amabilidad, intentaba procurarme un viaje agradable. También es cierto que, como el desentendimiento no era al cien por cien, confiaba siempre en que mi comprensión mejoraría a la vuelta de cualquier esquina, de forma que cuando me daba por vencido era ya bastante tarde y llevábamos demasiado rato de charla como para dejar en claro que no cogía onda.

Finalmente se daban los peores momentos cuando terminaba su exposición lanzando una mirada expectante que invitaba a tomar la palabra. Hay que imaginarme allí, pensando en la manera de comentar algo que no había entendido ni remotamente. Esta situación, muchas veces repetida, me aguzó el ingenio para desarrollar una respuesta tipo que seguramente no correspondía en todas las ocasiones, pero daba cierto aire de cumplida parte en muchas de ellas. La frase que se popularizó para aquellos momentos fue *es lo que pasa...* una muy probable estúpida expresión que no decía ni sí, ni no, sino una especie de letanía a lo *tienes razón, siempre ocurre así, es lo que hay, etc.* y cuantas otras interpretaciones queramos darle que a mí, ya lo he dicho, me sirvió para evitar más de una vez la violencia de una

circunstancia un tanto absurda que sufrí de manera habitual durante ese largo tiempo de viajes compartidos.

Aparicio era, sin duda, un buen hombre. Tuvo gestos hacia mí que no pueden sino agradecerse profundamente, como esperar a que cruzara y subiera al coche para cerrar puertas y arrancar, o abrirme la puerta cuando ya había salido de la parada -algo que, normalmente, tienen prohibido todos los conductores de cualquier línea-. No negaré que, muchas mañanas de sueño vencido y pocas ganas, resultaba insidioso quedarse a charlar de pie, por educación y habiendo asientos libres de sobra, sujetándose con cada frenazo o giro, y con muy pocos ánimos de mantener conversación a tan tempranas horas de la mañana. Y no obstante a un gesto debe siempre corresponder otro.

Bien cierto es que no he vuelto a tener una amistad de viaje igual a ésta, lo que me lleva a atesorarla como un recuerdo único, con todo reconocimiento y cariño. Igual que sucede con muchas relaciones cuyos inicios no se recuerdan bien y cuyo final tampoco -como es el caso- lo mejor es siempre lo que queda entre los dos extremos: las anécdotas, los momentos y las intenciones. De cuándo fue la última vez que lo vi o hablé con él no puedo referir siquiera una idea. Debí ser, sin duda, alguna de las últimas veces que repetí aquél viaje, coincidiendo con el fin de mi titulación universitaria. Pero no puedo precisar aquí ni el cómo ni el cuándo.

Lo gracioso de esta historia es que Aparicio no terminó nunca de salir de mi vida, por más que la relación con él fuese siempre circunstancial. Tiempo más adelante, cuando mi hermano había llegado a su vez a la Universidad, me habló en su momento y en parecidos términos del mismísimo conductor. La coincidencia nos resultó paradójica y graciosa. Los mismos problemas de comprensión se habían repetido en su caso, con lo que ya me quedé definitivamente tranquilo confirmando que no se había tratado nunca, pues, de un problema particular. Era, simplemente, la única forma en que podían darse aquellas circunstancias comunicativas y, por tanto, ni más ni menos, *era lo que pasaba, Apa...* la abreviatura del nombre, al final de la frasecilla, fue un añadido simpático y cariñoso que nosotros le sumamos, con el único objetivo de desdramatizar en lo que fuera el hecho de no haber podido entender al amigo Aparicio ni la mitad de lo que nos había dicho durante aquellos años. Del resto nos quedamos con todo y es suficiente para rendirle, mediante estas humildes letras, un pequeño y sincero tributo, amén de la curiosa expresión que ya, de manera indefectible, quedó familiarmente para señalar cualquier situación en la que, a pesar de nuestras mejores intenciones, la comunicación se hace simplemente imposible.

---

## **PACO MORATA**

### **acercas una silla**

arrastrando los pasos lentamente  
confundidos su roce y el jadeo  
fatigado de tu respiración  
no consientes que el ruido se apodere  
de la calma que ocupa nuestro espacio  
que no quiebre tu entrada mi silencio  
de enfermo prolongado en la mirada  
que se tiende a morir donde la sombra  
del ocaso alarga los balcones

te sientas a mi lado y comentamos  
a veces con palabras si es preciso  
decirnos lo que ambos ya sabemos  
cojo entonces tu mano o tú las mías

y dejamos que vaya oscureciendo  
detrás de los visillos se desplome  
despaciosa la luz de los tejados  
y nos deje una noche toda entera  
de insomne dolor para nosotros

---

**ROSA S. OROZCO.**

*manos*

Manos de plumas  
    voladoras como alas  
Manos urgentes  
    de hoy para mañana.

Manos llenas  
Manos libres  
Manos perdidas o estrechadas.

Manos que bailan  
    al compás del río  
Manos que despegan  
    agitando despedidas.

Manos de barro  
    creadoras como diosas  
manos de navegante  
    desde ahora y para siempre.

Manos locas  
Manos negras  
Manos de ángeles o demonios.

Manos que encuentran  
    tesoros enterrados  
Manos que buscan  
    los sueños de la montaña.

Manos de agua  
    transparentes como espejos  
Manos silenciosas  
    al borde de los labios.

Manos tontas  
Manos sabias  
Manos dormidas o pintadas.

Todavía manos.



---

**ROSA TRUJILLO NIETO  
Y ANTONIO TEBAR**

*Ella*

-Sígueme y te indico donde está tu puesto de trabajo.-. Mientras va tras él, sus ojos que han dejado obligatoriamente el azul de los ojos de su nuevo jefe, se posan ahora en unos pantalones sueltos tras los que camina y que sin lugar a dudas es lo único que viste ese hombre y lo único que es capaz de ver en esos momentos. Desvía la mirada e intenta concentrarse en el mobiliario del despacho, pero todo pasa demasiado rápido ante sus ojos y es incapaz de organizar el espacio y colocar los muebles en él. Intenta localizar la dirección en la que se encuentra la puerta por si necesita escapar, aunque sabe que eso no sería correcto. Él se para frente a una mesa y la invita a sentarse mientras abre un archivador que hay en la estantería más próxima. -¿Te en-

cuentras bien?, ¿te has hecho daño? No, no te levantes, he pedido que traigan un poco de agua.- suena la voz de él muy cerca. Tumbada en el suelo, espera que vuelva la consciencia y con ella el aturdimiento en el que se sentía envuelta.

Hacía tanto tiempo que no le atraía ningún hombre, que se sentía extrañada, como si lo que acababa de vivir no le hubiese ocurrido a ella. Quizás estaba dormida, pero no hizo ningún intento por despertar. Mientras tomaba un café antes de asistir a la clase de inglés, buscaba en vano formar la cara de ese hombre en su memoria. Excepto el azul suave de los ojos, no recordaba otros rasgos. No podía decir que fuese guapo, pero tampoco estaba segura de ello. No estaba segura de nada, excepto que su cuerpo acababa de despertar de un letargo al que se había acostumbrado y en el que vivía acomodada. Sintió miedo, miedo y cansancio anticipado. ¿Y si estaba casado o, tenía pareja? En ningún momento sintió que la mirada de ese hombre dijese algo ajeno a las tareas para las que acababa de ser contratada. No sabía nada de él. Por su aspecto tendría unos cincuenta años y practicaba deporte. Pero ¿y el resto? Inclinación sexual, familia, relaciones, aficiones. Parecía un tipo seguro y de trato agradable. -¡Para, para y sienta los pies en el suelo!- se dijo bruscamente. Corrigió la postura relajada en que se había sentado, ajustó los pies dentro de los zapatos, y decidió no llegar tarde a su clase de inglés. Mientras salía de la cafetería, aceptó que había conseguido un buen trabajo, sobre todo teniendo en cuenta

que había superado los cuarenta años y su formación todavía tenía lagunas importantes. Aceptó que la soledad es buena compañera si tienes las facturas pagadas y que si se lo proponía, podía someter ese vértigo que le provocaba la cercanía de su nuevo jefe. Someterlo hasta hacerlo imperceptible. Se ajustó la cremallera de la cazadora, la subió de un tirón hasta el cuello y se sintió limpia mientras cruzaba con paso decidido la calle.

*El*

Dobra el periódico que apenas había tenido tiempo de leer durante todo el día. Le puede más el cansancio que la curiosidad. Se frota los ojos y mientras el autobús lo lleva camino a casa, se le pasan por la cabeza las más variopintas ideas. En primer lugar se arrepiente de aquella compra compulsiva de calzoncillos que realizó hace unos meses. Nada menos que doce, todos de los llamados «boxers». Nunca había llevado ese tipo de ropa interior, y para cuando se puso el primero de ellos resultó que no le gustaban, que no se sentía cómodo. Será por eso que esta mañana se rebeló y decidió no llevar nada bajo los pantalones. Pero su idea le había jugado una mala pasada. Con pantalones exclusivamente mal podía disimular una erección. Aquel día había tenido alguna. Se preguntó si cuando llevaba ropa interior el número de erecciones era igual. No volvería a jugar con fuego. Había sido cul-pa de la «nueva». ¿Cómo se llamaba? ¿Ana?

¿Adela?... Menos mal que se había desmayado cuando la erección comenzaba. Casualidad que a veces juega a tu favor, y siempre en contra. Había sido el olor que despedía, limpio y discreto. Esa misma mañana, cuando estaba de pie frente al escritorio de ella, explicándole ya no recuerda qué, se había sentido embriagado, y aprovechando que alguien que pasaba por allí portaba un oloroso café, se permitió cerrar los ojos para aspirar el perfume de ella.

- ¡Cada vez que huelo un café pierdo la consciencia!- Le dijo. Ahora su mente se fue a otra cosa. Todos los días el autobús pasaba por delante de una academia de inglés. El necesitaba hacer un curso de perfeccionamiento y quería aprovechar la ocasión para apuntar el número de la academia. Muchas veces había pasado y retenido mentalmente el número que había en el letrero, y muchas veces se le había olvidado a la vuelta de la esquina, por la sucesión de pensamientos que se le agolpaban en cada trayecto de autobús. Por esta razón había decidido renunciar a su coche, a pesar de que la empresa le facilitaba aparcamiento. Esta vez sacó papel y lápiz. Cuando fue a tomar el número, sus ojos se fueron detrás de una mujer que entraba en ese momento, tan, tan parecida a ella que él lo tomó por un mensaje de otro mundo, él, que no creía en nada.

Sacó el teléfono y comenzó a marcar el número de una buena amiga, tan solitaria como él y con la que mantenía una buena amistad. Ya había aprendido que el trabajo y el placer no se mezclan.

---

## MARÍA JOSÉ VIOQUE

### *viajero verano*

Me gusta el verano viajero  
vuelvo a deshacer la maleta  
vuelvo a ordenar todo,  
sin estar, la ausencia  
se llena con mi vacío.

Deshice los recuerdos  
en ese instante justo,  
cuando la vuelta atrapa a la ida  
y sobran los adioses.

El viajero verano pasea  
a veces su melancolía  
con todo el peso inspeccionado

sin ver asomar el hilo de seda azul  
aquel que te dejaste en mi habitación.

Y aquí frente al ventanal  
espero que pasen todas las estaciones  
para empezar con un nuevo verano.

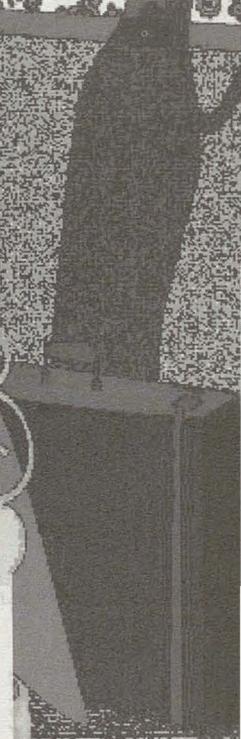
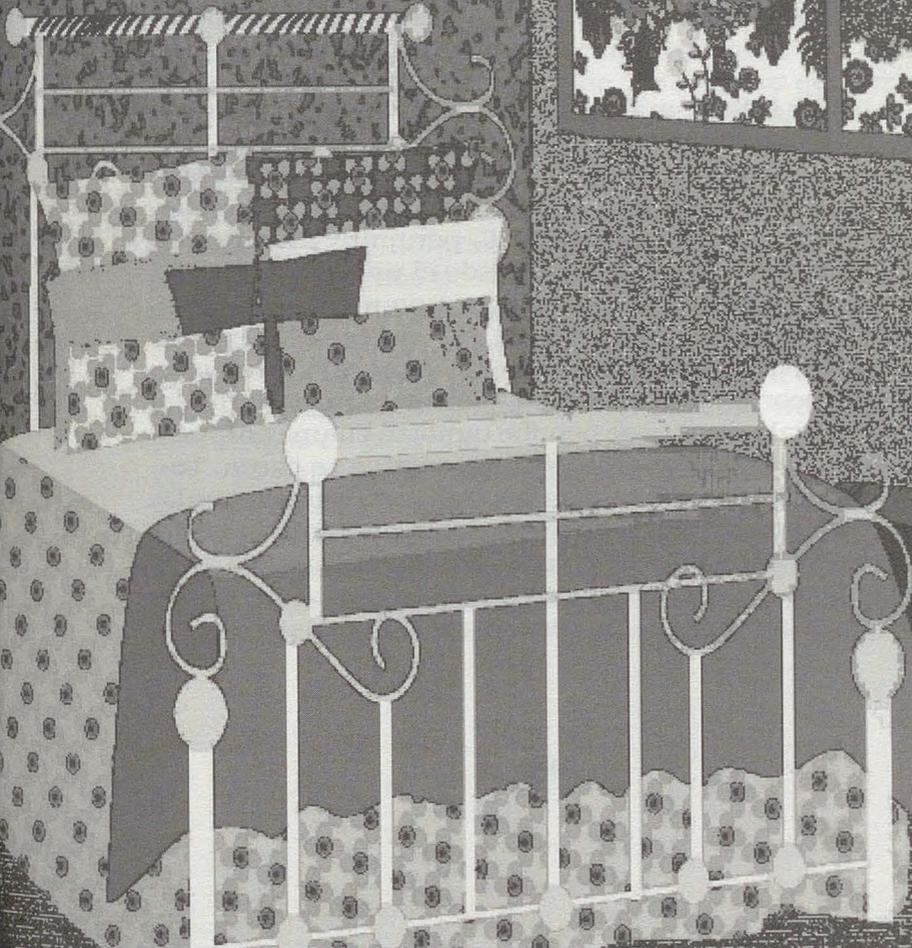
### *De la crisis*

La guerra de la vida  
y la vida en guerra  
a veces en crisis, compramos misiles,  
mientras los niños en el recreo  
apartan víveres para otro mundo.

Ayuno con los ojos cerrados  
tal vez la feliz inocencia  
devuelva paz a la vida,  
tal vez y muchos más tal vez  
congelen la peste.

Volver, crecer  
abrir el corazón como un niño  
evarlo al infinito  
dejando pasar  
la luz, la vida.

Fin de la crisis.



---

## **JESÚS MORATA**

### *cabello de ángel*

Madre decía que todas las personas del mundo - labradores, albañiles, monjas, duques, enfermeras, borrachos, taberneras, obispos y poetas- podían arracimarse en dos tipos. Los que tienen buen ángel y los que lo tienen malo. Que era muy difícil, pero muy importante en la vida saber distinguirlos desde el primer momento. Que el mal ángel se vislumbra por una marca en el entrecejo, como una uve cerrada, por un temblor en las manos apenas perceptible como de ratoncillo asustado, por un recorte en el andar que sólo se aprecia muy de lejos. La mala sombra se percibe también en un ronroneo de fondo cuando se habla, incluso cuando se canta. Todos esos signos y otros más los había reconocido en la figura de su marido, mi padre, observándolo a lo largo de los seis años que duró su matrimonio. Hasta la madrugada de vendimiadores en que desapareció de nuestras vidas sin motivo aparente y sin dejar rastro de su

deserción. Todas las noches, a modo de lección o de advertencia me repetía lo mismo, antes de que rezáramos juntos el Ángel de la Guarda.

Los Serafines andan por la Gloria muy cerca de Dios Creador cantando con alabanzas su poder y majestad. Tienen tres pares de alas. Con un par se tapan el cuerpo, otro par lo utilizan para volar y el tercero para cubrirse de la luz divina cuando están en su presencia.

Madre decía también que había que mezclar una calabaza de invierno, de las llamadas confiteras, con corteza de limón, canela y azúcar. Que había que dejar tiempo cocer la mezcla hasta que los cabellos quedaran bien tiernos y sueltos. El nombre de aquel confite llevaba adherido sabor navideño y ensueños celestiales, cabello de ángel. Y al evocarle recuerdo el ajetreo de las vecinas sobre la mesa de amasar, grande y comunitaria. El trasiego de *llandas* al horno con mantecados, escardados y rollos de naranja. Los niños enredando y presintiendo la llegada de las pascuas. Oyendo cómo llegaban en los villancicos que aprendíamos en la escuela y luego cantábamos por las calles y a la puerta de las casas, persiguiendo el aguinaldo mezquino, huidizo, de los tiempos de penuria.

El cura de la parroquia, don Francisco, llamaba Cabello de Ángel a nuestro amigo Julio, que tenía los cabellos rubios y ensortijados, pero duros como pelos de cepillo. Nosotros, sus compañeros de sacristía, menos líricos y con un puntito de más mala uva lo llamábamos «Estropajo». *Hijo de puta el que me llame Estropajo*. Al

rato decía uno de nosotros «Estro» y otro completaba «pajo». Y Julio salía corriendo con su cuerpecillo pequeño y desbaratado detrás de los guasones sin llegar a darles alcance, hasta caer rendido en la puerta de la iglesia, resignado a ser el blanco de nuestras burlas, pero con un alacrán reconcomiéndole por dentro su impotencia.

Los Querubines son seres alados y regordetes que custodian los lugares sagrados y sostienen el firmamento para que éste no se desplome. Se les suele encontrar entre los planetas, los soles y hasta en las lejanas galaxias.

No era fácil llegar a ser monaguillo de la iglesia de San Rafael, la parroquia con más solera y feligresía de la población. Para empezar tenías que caerle bien al sacristán, Genaro, que te revisaba de arriba abajo con sus ojos minúsculos, apenas aumentados por la lupa de unas gafas de diseño *Maricastaña*. El obispillo miope te repasaba con detenimiento a la vez que te sometía a un cuestionario minucioso acerca del parentesco y antecedentes familiares, que intercalaba de forma artera entre preguntas sobre el catecismo. Si al final del examen, el aspirante era admitido, él mismo en persona lo presentaba ceremonioso al resto de acólitos que esperaban impacientes la apertura de la puerta de la sacristía, como una cándida *fumata* blanca. Después del interrogatorio venía lo más duro, las pruebas y vejaciones a las que debía someterse el novato por parte de los colegas y que no tenían otro objeto que comprobar su capacidad de

aguante y tenacidad. No era cuestión de tener un flojeras en la plantilla de San Rafael.

El Padre Celestial está sentado en un Trono. Son ángeles de gran tamaño y se los representa en la mitología como carros de fuego que comunican el cielo con la tierra. Tienen la capacidad de tomar formas muy diversas.

En un patio lateral que daba acceso a la sacristía había una roca enorme, testigo de la solidez que poseen los cimientos sobre los que se asienta la iglesia. En el centro tenía un agujero profundo al que te invitaban a acercar el oído para escuchar el canto del gallo que delató a San Pedro. El ingenuo aspirante, alelado por la curiosidad, pegaba su oreja a la milagrosa roca y cuando más ensimismado estaba recibía un traicionero coscorrón que le dejaba el oído zumbando por un buen rato.

Genaro compaginaba el cuidado de la iglesia con otras actividades complementarias y lucrativas que le ayudaban a aumentar su patrimonio de solterón impenitente. Una de las más rentables era la de los servicios funerarios, con la que tenía asegurada una nutrida clientela. Cerca de la iglesia había una nave en la que una docena de ataúdes, por supuesto sin estrenar, esperaban con fúnebre paciencia el momento de convertirse en morada postrera de algún finado. A esa nave acudíamos durante la hora de la siesta a cumplir con uno de los ritos absurdos y crueles al que debían someterse los aspirantes. Al desdichado se le invitaba a entrar en uno de aquellos féretros con las indicaciones de que debía per-

manecer diez minutos en el fúnebre habitáculo, en silencio y con los ojos cerrados para superar el reto. Lo que no se le decía era que al cabo de cinco o seis minutos los futuros compañeros le ponían la tapadera al catafalco y se sentaban encima. Yo, que también fui sometido en su momento a la dura prueba recuerdo un sentimiento opresor y claustrofóbico mientras duró, diez minutos, quince o una eternidad, los que aguanté en silencio a sabiendas de que si hubiera mostrado cobardía o debilidad me arriesgaba a que aquellos sádicos no me dejaran salir en toda la tarde. Otros aspirantes no tenían tanto aguante y hubo quienes sollozaban pidiendo en vano que los liberaran del macabro encierro y los más pusilánimes perdían los nervios y el control de sus esfínteres, dejando una huella parduzca y líquida sobre el fondo acolchado de la caja. Fenómeno inexplicable para los clientes del sacristán que al ver la mancha harían la correspondiente reclamación con el argumento disparatado de que aquella caja era de segunda mano o, mejor dicho, de segundo cuerpo.

Otras pruebas eran de menor calado aunque no estaban exentas de cierta crueldad. Teníamos que aguantar diez gotas de cera ardiendo sobre los glúteos desnudos sin rechistar o, a cambio, dar un beso de tornillo a la calavera descarnada de S. Hipólito, una de las reliquias más preciadas que se guardaban en las vitrinas de la sacristía.

El Arcángel Rafael pertenece al grupo de las Dominaciones. Se les conoce también como los médicos del

cielo. Sus ropajes están adornados con piedras preciosas y tienen las alas de color tiza.

Como colofón a aquella sarta de barbaridades y vejaciones, el monago novato debía participar en el torneo de *garigolas* que se celebraba en el campanario. Nos las hacíamos a la salud de unas macizas francesas que venían fotografiadas en una revista que se trajo el primo del Trini, de cuando estuvo en la vendimia, imágenes desleídas por el paso de los años y pringosas de tanto manoseo. Ganaba el que más se hacía en una hora, casi siempre Pedro «Lagartijilla» que tenía en su poder la honrosa marca de seis y el rostro ojeroso y mancillado por un millar de granos purulentos. Como premio, el ganador recibía el honor de tocar a misa de ocho, agarrando la cuerda de la campana con sus manos sucias y entumecidas. El aspirante, que había mostrado en esta última prueba su predisposición a la camaradería y a compartirlo todo, hasta el semen, era admitido en la «cuadrilla de *monajillos* de la iglesia de San Rafael *per secula seculorum*». Así por lo menos rezaba en un papel de estroza que recibíamos a modo de áspero diploma.

Aún conservo de aquellos días una foto que nos hizo en la sacristía el Tío Mecedoras mientras esperábamos la llegada de una pareja de novios, aspirantes a vivir juntos en la salud y la enfermedad hasta que la muerte los separase. En esa fotografía asomamos Julio, yo y otros cuatro muchachos, pícaros y famélicos, mostrando la rotundidad de nuestras rodillas desconchadas bajo unos pantalones cortos de tergal.

La rutina diaria giraba en torno a la vieja escuela, la parroquia y la placeta de la iglesia. En este mundo, en el que no abundaban las distracciones, las múltiples tareas que llevaba consigo el cargo nos mantenían ocupados y, a veces, hasta divertidos. Todos los días madrugábamos por turnos de dos para ayudar a la misa matutina. Puntualmente, desgñados y legañosos, aparecíamos ante las mañaneras beatonas, portadores de misales, cirios y vinajeras. Nuestro compañero, el Patachula, se convirtió en un precoz degustador de vinos, aquel de la misa que tenía por delicioso néctar digno de dioses y clérigos. D. Francisco le quitó el vicio y casi los dientes el día en que lo sorprendió con la garrafa empinada. Con el vidrio aún en la boca le propinó tal pescozón que le puso los morros como trompetista de boleros.

Todas estas tareas estaban investidas de una gran solemnidad y nuestra presencia, debidamente indumentada con sotanas rojas y blancas casullas contribuía a hacerlas más pomposas. Aunque resulte extraño, una de nuestras tareas favoritas era la de ayudar en los entierros. En el ambiente grave y plañidero de los sepelios no faltaban ocasiones ridículas y chocantes que fomentaban nuestra tendencia a la hilaridad y al humor negro. Anécdotas que comentábamos después en grupo y protegidos por la intimidad esbelta del campanario.

Pequeñas caritas con alas son las Virtudes. Son muchas y diligentes. Veloces hacedoras de milagros que entre otras ocupaciones tienen la de traer la luz y la

sabiduría al mundo.

Los preparativos de las procesiones y las novenas en las fiestas patronales que se celebraban en honor de San Rafael completaban la lista de ceremonias habituales que nos sacaban de la rutina y daban a nuestra vida un sentido, podríamos decir, como más espiritual. Aunque a nosotros seis nos la sudaban, en el fondo, tanto las homilias y gorigoris como las colectas parroquiales. Los sermones del novenario solían estar a cargo del arcediano, un vejestorio amojamado y bujarrón que sólo aparecía por la parroquia en aquellas fechas ofreciéndonos su anillo para que lo besáramos. Con su voz aflautada nos solía decir que, como Jesús, amaba mucho a los niños y recitaba el pasaje aquel de *dejad que los niños se acerquen a mí*. Concretamente le gustaba que nos acercáramos hasta sentarnos sobre sus rodillas. No comprendimos la verdadera dimensión de su amor por los niños hasta que un día vimos salir a Julio corriendo asustado de la sacristía. Nos contó, cuando recuperó el resuello, que mientras el arcediano le acariciaba los rizos y los muslos notó que un miembro duro se movía nervioso como una culebra bajo las perversas sotanas. Desde aquel episodio evitábamos al arcediano como se evita la compañía de las avispas.

A la salida de la catequesis un grupo de niñas nos sorprendió en un rincón del atrio repartiéndonos a caladas ávidas dos *peninsulares* que habíamos robado a Genaro en un descuido. Tabaco que saboreábamos con más placer cuando aspirábamos el humo comentando

la tacañería del sacristán y el disgusto que se llevaría al comprobar la falta en el paquete, pues seguro que los tenía contados, igual que llevaba al dedillo la contabilidad de los cepillos. Las catecúmenas salían agitadas y bulliciosas pero se quedaron paradas al sorprendernos en nuestra actividad furtiva. Al grito de una de ellas, hermana de Julio, salieron todas corriendo con la amenaza del chivatazo. Todas no, como alelada, una niña de ojos grandes y claros permaneció mirándome fijamente hasta que hice amago de acercarme a ella. Entonces salió también corriendo y yo percibí en la torpeza de sus movimientos que le faltaba medio brazo. Esa noche tardé mucho en dormirme con la imagen de aquellos ojos que me producía una sensación agrisulce y nueva para mí.

Zephar es el Gran Duque de los infiernos. Tienta a los hombres a cometer pecados nefandos con los niños. Tiene forma de un guerrero y comanda veintiocho legiones de demonios.

El contrapunto de la pandilla que componíamos en torno a la iglesia de San Rafael lo constituían los hermanos Piñeyro, nuestros enemigos naturales. Los hermanos Piñeyro no se llevaban bien con nadie. Eran cuatro, como unos Dalton de pacotilla y yo reconocía en ellos algunos de los signos del mal ángel. Se llevaban poco más de nueve meses entre sí, pero mostraban toda una gama de cabellos y facciones que hacían dudar sobre los orígenes de su paternidad. Eso sí, los de la maternidad estaban claros. La madre era Ambrosia, una

hembra pechugona que habría llevado con estoicismo, si hubiera sabido qué significaba eso, las muchas habladurías que corrían acerca de la paternidad de sus hijos y la *cornudez* resignada del marido, hombre enteco, pobre de espíritu y barbero de profesión.

La barbería estaba en la plaza de la Iglesia, cerca de los soportales. Seguramente, debido a esa vecindad, los Piñeyro mostraban un afán extraño y desmedido por entrar en el servicio parroquial. Sin embargo, nunca consiguieron superar el tamiz de las gafas de Genaro. El sacristán no soportaba pensar en el cachondeo sobrevenido por ver de ayudantes en los oficios divinos a los hijos disparejos de la matrona y los subsiguientes comentarios maliciosos sobre la cornamenta del barbero. Pecaban de ser algo cortos de entendimiento pero, quizás resabiados por las bromas que tuvieron que soportar desde críos acerca de su paternidad, se gastaban una mala uva increíble. Destacaba entre ellos Caco, el mayor. Tenía dos grandes aficiones, hacer marranadas con las gallinas y fastidiar a sus semejantes. Solía aparecer en la plaza de la iglesia con una navaja en la mano, cuando jugábamos al fútbol, diciendo con tono amenazante: *O jubo o no se juba*. Como única respuesta recibía un balonazo traicionero por la retaguardia y la trifulca subsiguiente con la cual terminaba el partido.

Los hermanos, sin oficio ni beneficio, enfermos de aburrimiento crónico, pasaban el día inventando trastadas sin fuste ni gracia, que acababan pagando con creces por la zapatilla justiciera de la madre o la correa

de algún vecino enojado por el resultado de sus tonterías.

Caco tenía un defecto en el paladar que le dificultaba la pronunciación de algunas consonantes. Muy aficionado a jugar a indios y vaqueros decía que era *Gary Kuker* a veces, otras *Burlan Karker*, sus actores favoritos. Su mente hiperactiva no paraba de idear fechorías. Una noche no se le ocurrió otra cosa que ponerse un capirote negro y salir a robar por los callejones oscuros de la parte alta, armado con su navaja desportillada y roñosa.

- *Dame la carquera o ke mako.*

- *Me cago en tu padre Caco, el susto que me has dao.* Y en lugar de la cartera, recibía una somanta de palos que lo dejaba baldado para varios días.

El hombre que tiene relaciones con Súcubo pierde el alma y no vuelve a ser él mismo. Ese demonio tiene forma femenina y visita a los hombres en sueños.

Una de las ocurrencias más comentadas de los Piñeyro fue la fantasmada en el viejo palacio. Se pusieron unas sábanas viejas por encima a las que le habían abierto ojos y con velas empezaron a aparecerse ante el asombro de los vecinos en la noche invernal, asomándose por turnos en los distintos pisos y ventanas de la casona, dando la impresión de que había un verdadero fantasma dotado del don de la ubicuidad y la capacidad de atravesar paredes y techos. Ya tenían soliviantado al vecindario cuando a Cuco, el menor, se le ocurrió hacer la prueba del pedo y la vela. Los hermanos eran así de

imprevisibles y absurdos. Salió la ventosidad cargada de tanto metano que se le prendió fuego a la sábana y de paso a las colañas del viejo caserón, dando trabajo a los vecinos para sofocar aquel incendio que amenazaba con asolar el barrio. Al ser descubiertos, los autores de la travesura fueron arrestados y, como escarmiento, pasaron varios días a pan y agua en la perrera municipal. Cuando los soltaron la madre los esperaba en la puerta, zapatilla en ristre, para calentarles las posaderas a ver si los escarmentaba de una vez.

Sí. Caco, Quico, Queco y Cuco. Tenía narices la imaginación de la Ambrosia para nombrar a los infelices.

Una de las cosas que yo más temía era que madre me mandara por harina al molino. Eso suponía pasar a la fuerza por el postigo de la casa de los Piñeyro. Además de tontos del culo eran unos cobardes y unos cabronazos. Si coincidían tres o cuatro de ellos, normalmente ociosos, a la sombra de la higuera que había tras la casa, te apresaban y te hacían el *galgarejo*, tortura que consistía en bajarte los pantalones mientras iban haciendo una pasta con escupitajos, tierra, estiércol y ortigas, con la que embadurnaban tus partes. El que caía en sus manos pasaba varios días rascándose la bragueta y acordándose de la madre que parió a los Piñeyro.

Algunos de los que habíamos sido víctimas de esta jugarreta nos conchabamos un día para devolverles la trastada. Utilizando el reclamo de Gini, criatura hermosa y calenturienta, proclive a enseñarnos los ribetes de

sus bragas a cambio de cromos o alguna golosina, los hicimos entrar en las cuadras de la vieja posada. Allí habíamos preparado previamente algunas trampas con cartones camuflados. Cuando entraron con intenciones lascivas en aquel patio oscuro, vinieron a caer los cuatro en la zanja que habíamos rellenado de estiércol e inmundicias. Aprovechamos el desconcierto de los hermanos para bombardearlos a placer con toda clase de proyectiles sólidos y malolientes. Tuvieron que ir a lavarse al pilón de la acequia mayor para quitarse de encima todas las porquerías y evitar que su madre los viera en tan lamentable estado. Durante un tiempo anduvieron indagando para vengarse de los autores de aquella humillación pero en el barrio se instaló la ley del silencio.

Foras es un anciano que posee un cabello largo y blanco, como su barba. Hace a los hombres invisibles e inteligentes, con la capacidad de encontrar objetos perdidos por mucho tiempo. Tiene el título de Caballero del Infierno y comanda veintinueve legiones de demonios.

Algunos de los personajes que habitaban las calles limitrofes a la parroquia parecían extraídos de los esperpentos de Valle Inclán o escapados de una atracción de fenómenos de feria. Nosotros estábamos acostumbrados a ellos. A los gritos destemplados del barbero cuando recibía las palizas de la Ambrosia por llegar tarde y borracho a la hora de la cena; a los cánticos eclesiásticos de la Minguina, una enana con voz de pito, que ayudaba a Genaro en el cuidado y mantenimiento de la iglesia; a la crueldad de la madre de Lalo, un ser defor-

me y encorvado, que pasaba atado de una cuerda puntualmente toda las tardes a la hora de la merienda; al agujero en la barbilla de Natalio, cubierto con un tapabocas, incluso en verano, y que te enseñaba ufano si aguantabas que te contara, siempre con las mismas palabras, cómo se lo hizo un soldado de Mussolini en la batalla de Guadalajara. Todo cabía en aquel mundo infantil que entonces habitábamos, hasta los otros personajes, aquellos que parecían envueltos en un halo de desgracia, y que procurábamos evitar cuando por azar salían a nuestro paso.

Uno de aquellos personajes era Frasquito, un hombre solterón y malencarado, que vivía al cuidado de su hermana, la *tía Pocha*. Solía estar sentado a la sombra del quiosco que regentaba la hermana y nos recibía con gruñidos cuando llegábamos en tromba a comprar golosinas. Mi madre decía que la causa de tan mal humor era su pie izquierdo, hinchado y dolorido por culpa de la gota. A la *tía Pocha* parecía que la habían injertado así, vieja y arrugada, en la estructura oxidada del quiosco, desde el momento en que nació. Nadie recordaba su nombre enrevesado ni haberla visto fuera del quiosco. Los hermanos eran personajes ruines y antipáticos, de mal ángel, con los que no teníamos más remedio que tratar por nuestra afición a las golosinas y a los cromos. El estipendio extra que ganábamos como monaguillos nos permitía ciertos caprichos los domingos y fiestas de guardar. Los hermanos Piñeyro nos observaban con envidia desde el otro lado de la plaza y siempre estaban dispues-

tos a quitarnos a traición o a la fuerza lo que habíamos comprado en el quiosco. Aquellas acciones terminaban a menudo en peleas y descalabraduras. Julio Estropajo por ser pequeño y canijo era la víctima preferida de los abyectos hermanos, aunque el resto de colegas nos empleábamos a fondo en su defensa.

Los Poderes y Potestades forman el ejército del Padre, a cuyo mando está el Arcángel San Miguel. Llevan armaduras y espadas y a este coro pertenecen los Ángeles del Nacimiento y los Ángeles de la Muerte.

Al salir de la escuela los niños escapábamos, compitiendo en algarabía con las golondrinas, a la estación, en la parte baja de la ciudad, para observar con ojos atónitos la ruidosa llegada del tren de la tarde que llenaba el cielo de humo y carbonilla. En un huerto próximo se estaban realizando las obras de la nueva escuela, que sustituiría al caserón ruinoso en el que recibíamos nuestras primeras lecciones de Gramática y Aritmética. Como todo lo novedoso, la estructura incipiente del inmueble, era objeto de curiosidad y atracción para nosotros como lo es la miel para las moscas. Cuando los obreros daban de mano, aquel edificio en obras era invadido por una turba de duendes menudos que acudíamos a jugar al escondite entre tabiques sin enlucir y pilas de ladrillo. No sé a quien propuso aquel día un juego más emocionante, por el riesgo que entrañaba, pero todos lo aceptamos sin rechistar porque nadie quería aparecer ante los demás como un cobarde. Saltábamos desde el segundo piso de la obra a un montón de arena como si lo hiciera-

mos desde el trampolín de una piscina olímpica. Íbamos saltando por turnos, excitados por la emoción y posesos de una extraña mezcla de temor y libertad. Junto al montón de arena había otro de grava. Cuando le tocaba el turno de saltar a Julio Cabello de Ángel, una mano traicionera le empujó por la espalda, desviando su trayectoria y haciéndole caer sobre la dura grava. Nuestra mente infantil quedó sobrecogida al contemplar su cuerpo dolorido e inerte sobre las piedras. Duró cuatro días la agonía, pues su pequeño organismo quedó reventado por dentro a causa de la fatal caída.

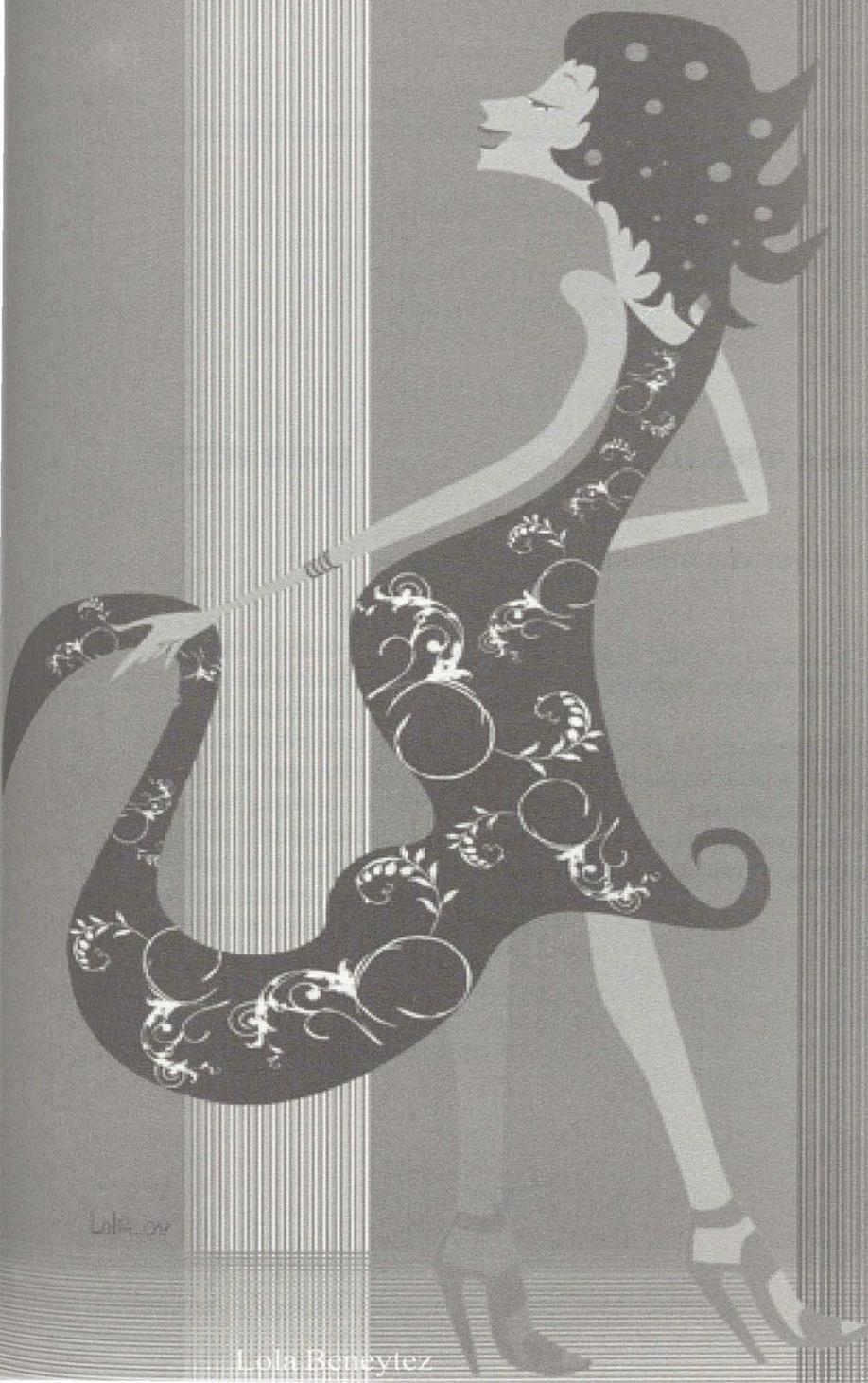
El señor de las moscas o Príncipe de los Infiernos recibe el nombre de Belzebú. Tiene un aspecto oscuro y amenazante. Es peludo y sobrecogedor con sus enormes alas de murciélago.

Durante mucho tiempo el rostro de la muerte se me presentó con la cara amoratada de Julio, desfigurada por el rictus de la fatalidad y orlada con sus cabellos rubios y rizados, descansando para la eternidad en uno de aquellos féretros que a menudo profanábamos con nuestras travesuras. La tarde de domingo en que enterraron a Julio era gris y fría como la hoja de un cuchillo. Acababan las navidades y don Francisco, el párroco, pronunció un sermón lleno de referencias a los niños y a los insondables designios de Dios nuestro creador. A sus compañeros, acostumbrados al milagro de la vida, nos costaba trabajo entender la crudeza de aquella muerte injusta e imprevista. Empezamos también a comprender que el mundo poseía una crueldad brutal e imprevi-

sible, ajena a la inocencia de nuestros juegos.

Aunque se les representa con ellas en cuadros y esculturas, los Arcángeles no tienen alas. Llevan vestiduras de lino, blancas y resplandecientes. Comandan las legiones celestiales en sus constantes batallas con los hijos de las tinieblas.

Me consta que hubo una investigación rápida y atolondrada que se saldó con el despido del guarda de la obra por haber permanecido ebrio y ajeno el día del accidente. Rara vez hablo de aquel suceso nefasto. El tiempo me fue arrancando, como a todos, del mundo indescribible de la niñez. El destino y otras circunstancias hacen que hoy viva lejos de aquellos días y lugares. No obstante aún guardo la imagen de la mano traidora en la espalda de Julio, lanzándolo hacia las piedras que machacarían su vida. No sabría decir por qué he mantenido el secreto hasta hoy, pero recuerdo, como si las estuviera viendo ahora mismo, las figuras desgarbadas y funestas de los hermanos Piñeyro, como ángeles oscuros, guardando turno tras Julio... Estropajo... Cabello de Ángel...



Lola.com

Lola Beneytez

---

**ROSA TRUJILLO.**

*la mujer de mis sueños*

Te permito entrar algunas veces,  
cuando busco cobijo en el placer.

En el bosque de brazos y piernas  
en que nos convertimos,  
hay una senda  
por la que accedes al calor  
excesivo y confortable de mi piel.

---

## JESÚS PINO

### I

Como al pétalo rojo en la memoria  
de la rosa sonámbula de Abril;  
como al adolescente que interroga  
su cuerpo frente al fuego al descubrirse  
llama en las rubias llamas de sus manos;  
como al pájaro inmóvil emergido  
del claro escalofrío del estanque,  
la Vida nos perdona y nos disculpa,  
nos consiente la continua traición,  
la cruel indiferencia cotidiana,  
el desleal olvido, la brutal  
deserción pasiva e inexcusable,  
la arrogante impostura, la soberbia  
de la infidelidad asalariada.

La Vida nos tolera su abandono  
con generosa estoicidad materna,  
mientras los hilos de su arena fluyen  
por la frágil cintura de los días,  
mientras el sensual y luminoso  
aroma de su lecho ruboriza  
las hipócritas nieves de las noches,  
mientras nos preguntamos, en voz baja,  
qué vado de su cauce femenino  
nos dejará cruzar los sueños de su sueño.

II

Concluidos los tiempos de los dioses,  
rotos los pactos con el espejismo  
y la fascinación, interesados  
enemigos del ángel y del hada,  
únicamente una extraña piedad,  
amorosa, salvaje y fugitiva,  
nos mantiene y permite el usufructo  
de una ufana presencia en deterioro.

La vanidad, el esplendor, la gloria,  
reposan, con forzada pesadumbre,  
en los suburbios de un jardín perdido  
donde crecen, sin pausa, las ortigas.

Nada nos pertenece de esta tierra  
ajena a nuestra piel y a nuestra boca.  
Extranjeros y torpes, contemplamos  
el juvenil fragor de sus incendios,  
la voraz floración de su hermosura.

Y un gesto de temor que reprimimos,  
y una estéril nostalgia que escondemos,  
denuncian nuestro género de estatuas,  
perplejas, solitarias y distantes,  
frente al brillo insolente de sus soles.

Otra es su luz. Otro su aire y otro  
su envidiado volar sobre las flores.

Nuestra hora es penumbra envejecida  
de aquel más dulce y fiero mediodía.  
Atrabiliaria, yace como un fósil,  
nuestra arrogancia de un pasado en ruinas.

Y, no obstante, callar o resignarse,  
negándole al exilio su bandera,  
su patria de pasiones, cuando el fuego,  
extinto de alborozos, luce en cálida  
ascua, pudiera ser triste recurso,  
que acaso ni es tristeza ni pretexto,  
sino fuga humillada, deserción  
de la hermosa materia de la Vida.

III

*Escúchame: muy cercano al lugar  
donde tu cuerpo exhibe su avaricia,  
desembocan los siglos, los que han sido  
y los que habrán de ser. Juntos no suman  
lo que un golpe de tos y un parpadeo,  
pues, el instante, sólo es un ardid  
que da al presente trama de impostura.*

*Escúchame: al hielo no le quiebra  
el músculo amarillo de la llama;  
ni aniquila al clavel el laborioso  
zumbido de la abeja; ni la luna  
perece cuando la aurora dispara  
su revólver; ni la humedad consume  
los ángulos obstusos de la mar.*

*El fondo del misterio es su inocencia;  
su arrastre silencioso de montañas  
bajo la niebla gris de la razón.*

*Cálzate los zapatos; abotónate  
la camisa; ponte tu pantalón  
de pata de elefante y en la frente  
cíñete una diadema con tu nombre,  
-la patria de tu historia irrepetible-.*

Después, arrójate a la Vida. Húndete en su insaciable mar de certidumbres vestido de ternura, enjoyado de orquídeas y abrasado por el vasto soliloquio de su hospitalidad.

¿Qué nos impide descender, bajar, hasta el fecundo añil de su Principio, hasta el Primer Asombro intraducible, hasta su Encarnación acariciada? Pues hasta la conciencia de sí mismo, el Hombre es un descenso cauteloso, una estela de ajustes que transita por la frívola orilla del azar; una insatisfacción que se levanta entre anuncios de túneles y hogueras; mamando en los abismos, anidando en las lavas, encadenado al pábilo de la conspiración de las raíces, oradando en la pulpa de las rocas, cayendo hacia la cuna del Espacio.

Mírate, allí, erguido, respirando, corriendo, jadeante y desnudo, entre la liviandad diáfana del aire, aprendiendo a ser cuerpo bajo el sol.

Descendiendo desde el tallo a la hoja

y al insecto; de la frágil libélula  
al hispido mosaico de la iguana;  
del relámpago verde del lagarto  
al ocre asustadizo del ratón;  
del pico alanceado de la garza  
al puntiagudo gancho del cernícalo.  
Siguiendo, siempre, el cauce heterodoxo  
de la sangre: del lince de ojos negros,  
al león de ojos pardos, al leopardo  
de ojos dulces, al abrupto elefante,  
al viejo orangután. Siempre hacia el sur.

Caminando hacia el sur. Hacia la ceja,  
el diente, la pestaña; hacia el pie  
travestido de sirenas y horizontes,  
hacia el pie guillotina de praderas.

Bajando hacia un tú. (Primera semilla):  
perforador de valles, amanuense  
del brinco de la piedra, tejedor  
de escalas, ufano, alborozado  
admirador del músculo y su sed  
ante el fruto humeante de los arcos,  
esquivando la yema de la fragua  
cuando el filo al metal embrida y orla.

Descendiendo sobre un tú. (Avaricia  
segunda): recordatorio del fuego,

memorial del terror frente a la noche,  
acueducto en el mito del caudal  
del linaje. Y debajo de ti  
el milagro en el fondo de un temblor  
invisible. Y el asombro buscando  
el equilibrio, la yedra tupidora  
de tu locura y tu pasión naciente.

IV

*Escúchame: digo lo que está dicho:  
que nada hay más oscuro que esta herencia  
que avanza hacia los astros con nosotros  
desde el eco de un átomo matriz;  
que hozar la soledad es preferible  
a deponer el alma al enemigo  
oculto en los zaguanes del mercado.  
Que no hay más dura ley ni más antigua  
que la insinceridad. Que no hay mentira  
más terrible que el oro de la farsa.*

Mírate allí, sentado. Acuñaando  
el aullido. Mira como modelas  
el grito inenarrable. Como ciñes  
la voz al círculo y al bucle. Como  
limpias su ruido de malezas. Como  
amansas el silbido ancestral,  
y suavizas el tono, y ajustando

los labios el oleaje enciendes  
de la brisa, hasta llenar el mundo  
de palabras y desgarrarlo en dos  
intimidaciones, en dos pulsaciones,  
a un lado y otro lado de la luz.

Mírate allí. Y aquí. Nosotros somos  
todos. Los mudos y los ciegos. Los  
que hablan y ven. Los que callan y  
no quieren mirar. Los que ya han compren-  
dido. Y los que nunca saben si  
hay algo que saber. Los hijos de  
la debilidad y del desencanto.  
Frágiles. Tristes. Fugitivos. Crueles.  
Paradigmas de la gran tradición  
de los desorientados. Los expuestos,  
a la desesperanza y al amor.  
Oscuramente inútiles y torpes.  
Soberbiamente súbditos del miedo,  
aturdidos frente al barroco ardid  
de su elocuencia, desarmados por  
la lúcida ley de sus ejércitos,  
temblando frente al haz de sus banderas.

Porque en él todo es bello. Su corona  
y su manto. Su inquebrantable juicio.  
Su anillo, su mirada, su etiqueta,  
su gesto poderoso -y esa lírica  
esencia de alquimia incorruptible  
que da al ocaso luz de mediodía-



Dos bañistas entrando en el río

---

## **ENRIQUE GALINDO**

### *Caricaturas*

Los Domingos de lluvia en Santiago son de Área Central, ese edificio-ciudad donde casi todo se vende o se come y algunas cosas, como el cine, se ven. Paseamos con la niña, siempre curiosa y escaneando nuevas aventuras, por las calles comerciales. Salíamos de comer una pizza -la de piña, por favor-. Las manos llevaban bolsas con algo de ropa de la que mira al invierno. Mi mujer miraba un escaparate de perfumes, esperando que yo adivinase su próximo regalo. Pero yo estaba imantado en otra cosa: una boca abierta que no tragaba nada de aire. La de mi hija. Se hallaba en estatua de sal viendo aquella mole de carne y hierro. En realidad sería de aluminio o bronce, pero quería contarnos de un hombre de carnes fofas rebosando el esqueleto.

    Mi niña, era toda boca en su mudez. Le dije:

-Pareces una caricatura.

-Una Carita... ¿qué? -me respondió. Claro, era una palabra complicada para los cuatro años.

-Carita la que has puesto al ver al hombre gordo. Se te ha puesto de caricatura. Es normal, nunca viste antes a un luchador de Sumo.

-¿Echador de humo?

Me empecé a reír cuando Luisa, mosqueada al no ser atendida su solicitud del perfume elegido por la mirada, se nos unió.

-Nada de humo, sino Sumo. Mira, te lo voy a explicar. Esta es una estatua de un hombre gordo de los que hay en Japón...

-¿Xapón?

-Si, Japón. Una tierra lejana en la que hay hombres muy gordos que luchan con otros también muy gordos, como este de la estatua.

-Y ¿por qué luchan?, si eso está mal, siempre me lo decís. Además, este está desnudo.

-Claro, es como luchan, pero no van desnudos sino con una especie de pañales enormes.

Movió la cabeza, desde su delgadez, sin llegar a captar todo el mensaje, y siguió mirando al gordo con la boca abierta.

-Ya ¿porque dices que tengo la carita dura?

-Luisa se mordía la mano para no reír y mis mandíbulas bajo los labios bailaban claqué.

-No, no es carita dura, sino caricatura. Consiste en un dibujo deformado de lo que es uno mismo. Bus-

cando el humor, la risa, como si fuera un retrato en broma; para reír. ¿Me entiendes?

Ahora, viendo la cara de otra dimensión de Laura, que desde sus añitos parecía un cubismo de incomprensión, nos permitimos soltar las carcajadas. El hombre de las carnes colgando, dispuesto a hacer temblar el suelo de una y otra patada, no se inmutaba. Por gentileza del metal no se daba por aludido.

En casa le enseñé a mi hija una caricatura hecha en la universidad y que siempre tuve guardada en un cajón. Ahora la que se rió fue ella al ver mis nupias de pirámide egipcia y los ojos de ratón. De los dientes ni hablo.

El tiempo, ese mata risas, pasó. Mi niña, terminando la universidad, nos anunció que tenía novio. La alegría y la tristeza se unieron anticipando un duelo. Ella, tan delgada, tan frágil... Eran luchas de la vida que había que afrontar, como si de una batalla cuerpo a cuerpo se tratase.

Cuatro meses después accedió a lo inevitable: llevarlo a casa un domingo a comer. La puerta, tras el timbre chivato, se abrió. Entró ella, toda gavilla de nervios. Se apartó para dejar paso a su pretendiente: uno ochenta, lo menos 150 kilos, peleando sus carnes por salir del traje de corbata.

-Os presento a Casio Yumika. Mi novio. Es luchador de Sumo.

No recuerdo haber oído lo de: ¿Qué os pasa en la boca? Parecéis una caricatura.

---

## FRANCISCO DEL PUERTO ALMAZÁN

### I

A dónde vais, nubes de mi vida,  
hijas ya de las altas mareas indolentes del tiempo,  
¿Olvidaréis el corazón, el pozo  
del que emergieron vuestro poder y furia  
hasta convertirlos en dañino aire amenazante,  
ejército depredador de pájaros nocturnos,  
oscura jauría de voces y amenazas,  
aterrador anuncio  
que agitaba mi espacio  
con un seguro, inevitable cataclismo?

Voy a cuidar mi casa,  
repararé los muros y tejados,  
volveré a encender fuego,  
cuidaré acariciar los lomos del cansado lobo,  
ya convertido en perro melancólico,  
vigilaré sus ojos,

mientras os veo marchar,  
hijas ya de las altas mareas indolentes del tiempo,  
ajenas  
como si fuera cierto  
que el vivir y su muerte  
es el único bálsamo  
que cura las heridas.

II

No te lamentos del amor perdido,  
ni del tiempo acabado  
ni de las hondas trampas que el camino guardaba,  
sino de la memoria de estaciones pretéritas,  
donde no reina el aire ni el fuego,  
sino el agua  
con su distinto orden, con su calma distinta,  
nunca lluvia ni río, lágrima o manantial  
sino esa lenta forma de quedarse callado,  
esa oscura manera de mirar el espejo  
y ver allí la historia,  
no tu cara.

III

Vive el momento  
breve, fugaz, tan frágil, quebradizo,  
único y delicado, inconsistente

y olvida calendarios, relojes, el ayer, el mañana,  
memorias y esperanzas que te impidan y evadan,  
sucedáneos de la evidencia que cuenta, este tranquilo  
respirar, mirar por la ventana, la compañía  
callada de tu padre, ajeno en lo que sientes,  
goza el aire que un día no tendrás  
y no alientes tampoco el ayer que se ha ido,  
no te lamentos más de lo pasado,  
ni tampoco te abrume la inminencia, el incierto futuro  
tanto que acechen el temor y el miedo y que te impida  
olvidar que estás vivo  
ahora, en este momento, aunque el poema  
vaya tejiendo lento el cadencioso ritmo  
del corazón que es una despedida, que es como un río  
que pasa y no te deja sino el cuerpo, este río  
que aguantas en su curso siempre nuevo y distinto  
con los sentidos vivos todavía,  
no importa que te limpie de adherencias amadas,  
te agite y te despoje,  
y si no sabes cuándo te va a llevar  
como ahora empuja, con su brío, ese tronco,  
aquella hoja  
que se pierden,  
que te hacen descuidar que estás viviendo  
-si es que considerarlos no es la única  
vida que tienes, vida viva-,  
aguanta y dale el nombre que se merece: dicha,  
la rara dicha de estar vivo,  
ser presente todavía.

IV

Desde aquel sueño, llevo siglos  
intentando escaparme de Comala,  
sin caminos ni luces ni agujeros  
entre las blancas sombras que otras sombras  
proyectan a mi alma enajenada.  
Por tener un pasado, tuve un sueño  
y, aunque me falte el aire, aunque me duela  
más el infierno, el ansia, sé que vivo,  
que he de vivirte y solo eso me importa.  
Cierro los ojos y se enciende un mundo  
donde el aire está quieto y no me quema,  
me deja ver un río de aguas limpias  
del que beben los árboles su altura,  
vuelan las aves, los humanos ríen,  
fresca es la hierba y lejos las montañas  
ponen cerco de azul y de violeta.  
Por tener un pasado, por un sueño  
en esa extraña cárcel de tus labios.

V

Si la desgracia viene a visitarnos  
que no se descomponga  
más de la cuenta nada  
de la casa del corazón, de la cabeza,  
que sepamos mirar, humildes,  
nuestra sagrada condición de vivos,

que confiemos, si no contentos,  
sí con la fortaleza de los pobres,  
de los que carecen del bien de la fortuna,  
dignos en su penuria.  
Si perdimos la tranquilidad, la fugaz dicha,  
el favor del aire, la caricia del agua,  
y la lumbre del fuego, si se hace  
amarga la tierra que pisamos y si nos abandona  
el tranquilo fluir del tiempo que nos hizo  
amar sin miedo, engendrar sueños, encontrar  
el dulce y excitante paisaje de la gente y de las cosas  
como si fuéramos parte querida de su espacio,  
si viene el frío, esa nieve tan negra,  
si nos abrasa el sol como enemigo,  
si se nos van los árboles, su sombra y beneficio,  
si se escapa la mano que acariciaba siempre  
nuestra torpeza, nuestro temor y agobio  
hasta hacernos pequeños  
que no se descomponga nada,  
que sepamos esperar y no dejemos  
que las lágrimas rieguen las pequeñas semillas  
que han caído del árbol del dolor  
que habita en nuestros bosques.  
Y cuando llegue el tiempo del fin y la ceniza  
y se nos descomponga del todo la figura  
que el aire que nos lleve confunda generoso  
la memoria y la ausencia del valor de vivir  
limpio ya de los miedos y la pasión del día

con el ajeno olvido inevitable  
y puedan nuestros ojos, velados ya a esta luz,  
habitar ese mundo que nos fue prometido.

VI

Aquí quedan las huellas de una historia,  
no fue lo que soñé, y no me quejo,  
más me llevo que di y lo que dejo  
es solo rueda, cangilón de noria.

Di lo que pude y supe, no hay memoria  
que aguante el contemplarse en el espejo  
sin pudor y sorpresa, algún reflejo  
queda en el mar cabrilleando gloria.

Es la alegría de llegar entero,  
que nunca lo creí, es la alegría  
del sembrador que ve crecer el trigo.

Me voy y quedo amigo y compañero,  
¿el mañana? Aún es pronto todavía.  
Quiero tejer el sueño que aún abrigo.

---

## **IGV**

### *estampa 1* *boquerón mediterráneo*

Se distingue por su porte, sus líneas, su estrategia y su alimento.

Acaricia la cincuentena y ostenta orgullosamente una enorme protuberancia umbilical, trabajada a conciencia tras duras y calurosas horas sujetando la barra fija de los más recónditos recovecos donde huele a cerveza. En sus intersticios capilares se deja entrever el esfuerzo que le ha supuesto alcanzar el prestigio social que sus inestimables colegas codician.

El bronceado de su piel suele ser característico: amielado, en el caso de ser rubio; y, achocolatado, en el supuesto de los autóctonos; en cualquiera de las circunstancias, dulzón en exceso. Al pasarse buena parte de la época estival vigilando el estado de las playas, no fuerza su economía con sesiones de rayos uva y, por lo mismo, como cronista matutino, no tendría precio. En algunas

zonas les nombran como boquerones por el gran parecido de sus ojos inyectados en sangre después de tantas horas de exposición solar, pero en realidad responden con mayor propiedad a la catalogación de tiburón.

Los meses de verano, época en la que mi padre decía que mejor sabe el pescado, porque -no sé si sabrán- los meses que no llevan «r» es cuando esta sabrosa especie se halla en todo su jugo, armado de su toalla, leche bronceadora y un libro -no importa el contenido, pues se trata de una pose-, baja pausadamente -decía- los peldaños o la rampa -en aquellas playas habilitadas correctamente- que distancian el paseo marítimo de la angustiada arena de las cuatro de la tarde. Esperarlo antes de esa hora sería inaudito porque es un trasnochador nato y las matinadas suele disfrutarlas a solas, en la intimidad de unas buenas sábanas, con los estores sabiamente ajustados para impedir que el sol se adueñe de su valorado cubículo.

Antes de acceder al lugar de trabajo, ya se ha hecho una idea aproximada de lo que allí se está cocinando. Como un buen realizador cinematográfico ha tomado su plano general; después hay que parcelar. Se distribuye el espacio en un segundo paseo visual y, metido en faena, escoge el territorio más apropiado. Si para esto hay que volver sobre los pasos, no importa: una buena faena, un buen plato, exigen hasta el último de los retoques en su elaboración si perseguimos apreciarlo en toda su exquisitez.

Finalmente, se instala con sus herramientas cerca de la

presa o presas, porque el fin último es conseguir una buena cata y, a poder ser, bien tierna y jugosa. Aunque, a decir verdad, el especialista conoce sus limitaciones y, por lo menos, aspira a lo que se encuentra dentro de sus posibilidades. Por el contrario, los iniciados o ingenuos que en su vanidad no distinguen el mero de la sardina, en el afanoso intento de acariciar su ego, se llevan unos planchazos soberanos. ¡Menos mal que la superficie es arena!

Naturalmente, a la vista está que no hay maromo (dícese a propósito del femenino de maroma, es decir, varón que sujeta férreamente la voluntad de su contraria en la especie).

Sigamos.

Ellas, puestas al sol, untadas hasta las uñas, sin la protección de la sal, están como dos bonitos a merced del moscardón. La ansiedad y la proximidad, la inquietud y el desasosiego entran en escena: el tiburón, preso de su soberana hambruna, inicia el cortejo sangriento.

Sin perder de vista el futuro sustento que insuflará la fortaleza para su supervivencia, pues todos sabemos que el ángulo visual de los animales es mayor que el del género humano, extiende la toalla lo suficientemente cerca para mantener una conversación, acercarse estudiada pero descuidadamente para ofrecer fuego en caso necesario, recoger una prenda que la brisa ha sacado sutilmente de la bolsa, etc... confabulándose con el depredador. La distancia es igualmente oportuna que la resultante de aquella otra situación en la que, por un

error de cálculo, pudiera aparecer el maromo y hubiera que iniciar honrosamente la retirada.

A continuación, se inicia la tarea más farragosa: el unte. Todo tiene que ser deslumbrante y, a estas horas de la tarde (estamos en la de la siesta estival, no lo olvidemos) un buen aceite recalentado por los treinta o treinta y cinco grados mediterráneos convierte cualquier feto barrigudo en el más espectacular de los destellos playeros. Pensemos por un instante en los rayos del sol atravesando las claras aguas hasta estrellarse en las escamas del más suntuoso de los peces, y ahí está él.

Las víctimas ya han advertido la presencia del peligroso carnívoro. Saben que cualquier movimiento será motivo para su acecho. Incómodas hasta las uñas de los pies, intuyen que su ímpetu y decisión dependerá de una sonrisa, una mirada o cualquier expresión malinterpretada, que cualquier gesto incontrolado puede convertirse en un aliciente para la acometida. Lo mejor es quedarse quietas, con la esperanza de que las dé por muertas. Cualquier signo de vida enardecería su instinto básico y la sed de violencia le empujaría sobre ellas.

El sol es de justicia. La calma chicha de las cinco atas sus prendas de baño y dirige sus pies hacia la orilla. Las olas, caldo puro, refrescan sus pieles cocidas por horas de sol vuelta y vuelta. Pocos metros más allá, las risas y espasmos de la carne en contacto con la espuma levantan algo más que ampollas. El boquerón, frito en su propio aceite, ya no va más. Es la hora de la merienda, es la hora de los tiburones.

---

## **JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO**

### *Marisa y la chica del telediario*

De pronto descubrí que me había enamorado de la chica que presentaba el telediario, Cristina Suárez o Carolina Álvarez; no sabía muy bien cuál era su nombre, del mismo modo que tampoco sabía con seguridad en qué cadena daba las noticias ni qué día ni a qué hora: en realidad casi no sabía nada de lo que se relacionaba con la televisión, ya que nunca me había sentido atraído por ella; tan solo alguna que otra película, algún partido de fútbol (cuando me insistían mis amigos) y las noticias a la hora de comer o de cenar, pero casi siempre a remolque de Marisa que era quien, en realidad, manejaba el mando a distancia del televisor. Por eso era incapaz de asociar el rostro de la presentadora con un nombre real, pero quizás también por eso había ido creciendo en

mí ese amor extraño (o lo que fuera aquello que sentía) hacia esa mujer inalcanzable. Qué raras sensaciones nos producen a veces las cosas más inesperadas, las situaciones más neutras. Yo no era consciente de haber prestado mucha atención nunca a esa chica morena de mirada dulce, pero parecía evidente que si se la había prestado, a juzgar por la punzada interior que me hería cuando la veía en la pantalla, contando con seriedad los acontecimientos terribles de cada día. Porque lo que sí es cierto es que las noticias son diariamente una crónica de la maldad humana, un compendio de horrores y de crueldades que no resulta fácil asociar, si se piensa un poco en ellas, con personas, con congéneres nuestros que no parecen tener escrúpulos a la hora de matar a la esposa, abandonar al hijo de meses o cometer estupro con la hija adolescente antes de coser a navajazos al amigo por una discusión sin importancia. Y eso si nos quedamos solo con los sucesos cercanos, del día a día; será mejor que no pensemos en las guerras, en el terrorismo... Pero me estoy desviando; lo que quería decir es que tal vez me atrajera hacia la chica del telediario la mezcla atroz de la perversión de la raza humana y la candidez de la mirada cristalina de ella, de Cristina o Catalina o Carolina, o comoquiera que se llamase la mujer que me había cautivado desde lejos hasta hacerme sentir enamorado.

Me parecía absurdo, sin embargo, sentir esa atracción, cada vez más inquietante, por alguien a quien no había conocido nunca y a quien, con toda probabilidad,

jamás podría tratar. Me sentía estúpido, infantil, como un adolescente que descubre la belleza en una actriz hermosa y disfruta con verla retratada en mil fotografías, con ropa, con poca ropa, sin ropa; posando con un gesto pícaro, sensual... Era absurdo, sin duda; yo ya no tenía años para estar pendiente de una mujer a la que solo podía ver en la pantalla del televisor una vez cada veinticuatro horas o buscarla febrilmente en las páginas de las revistas del corazón (suponiendo que Carolina fuera objeto de estas revistas dañinas) o en el mar infinito de Internet, poniendo su nombre en los buscadores y esperando a verla fotografiada mil veces, con ropa, con poca ropa, sin ropa... Además, estaba Marisa. Yo estaba seguro de querer a Marisa, con quien llevaba viviendo quince años, con quien me casé por la iglesia en una ceremonia inolvidable y con quien tengo tres niñas: Irene, de trece años; Sofía, de once, y la pequeña, Natalia, de tres. Natalia llegó ya cuando no la esperábamos, como ocurre muchas veces en muchos matrimonios, pero la queremos con locura, tan graciosa y tan bonita, con ese lenguaje raro de la infancia que solo los padres son capaces de entender. Lo peor es lo de Irene, en las puertas de la adolescencia, obsesionada con la ropa, empeñada en pintarse los ojos cuando sale los fines de semana y en ponerse unas faldas tan cortas que casi no dan opción a la imaginación de quien la mira (que seguro que son muchos los que la miran, que yo se lo digo a Marisa: esta niña se viste como si tuviera veinte años, que a mí me da vergüenza hasta mirarla, cariño; pero ella nada, que soy

un carca, me dice, que vivimos en el siglo XXI y que deje a la niña vestir a la moda). No sé, pero creo que no estamos educando bien a Irene, que no nos damos cuenta de que en poco tiempo será una mujer. Y luego está Sofía, entrando también en esa edad tan mala y con el espejo de su hermana mayor como referencia. Las hijas son un encanto, pero a mí me dan miedo, sueltas en medio de la vorágine de la calle, expuestas a caer en todas las tentaciones, dispuestas a no perderse nada... Marisa me dice que no sea tonto, que la adolescencia se pasa y que las niñas saben muy bien dónde están los límites de lo bueno y de lo malo. A mí me gustaría tener la seguridad de Marisa, pero no soy capaz de conseguirlo. Otra vez me desvió del tema; y es que me resulta tan difícil creer que me esté pasando lo que me está pasando...

No me gustó nada darme cuenta de que lo que me ocurría cuando me daba la sensación de que la mente volaba era que estaba enamorado de la chica que presenta el telediario, pero tuve que asumirlo como algo fatal cuando me sorprendí por cuarta o quinta vez embobado en su contemplación, mirando la pantalla, que hasta Irene me dijo que si me pasaba algo, que me había quedado lelo, que qué miras tanto, papá. Creo que la sonreí estúpidamente mientras le pasaba la mano por su precioso pelo largo de niña guapa, en la flor de la vida, y la mentía diciéndole que la chica de las noticias me recordaba a una compañera de mis años de estudiante, en el instituto. ¡A ver si va a ser ella, papá!, me

dijo Irene, ilusionada ante la posibilidad de que yo conociera a alguien que salía en la tele. ¡Qué cosas tienes, hija! ¿No ves que esa chica es mucho más joven que yo?, le dije. Y era verdad, dolorosamente verdad: yo ya había cumplido los cuarenta, y mi amada Catalina Pérez o Cristina Álvarez debía de rondar los treinta. ¡Qué viejo me estaba haciendo! Y lo peor era que no había sido capaz de hacer nada en la vida, que los años se me pasaban como si fueran agua que fluye de un manantial, raudos, apresurados, sin darme lugar a otra cosa que no fuera mantener mi pequeño negocio de papelería que, por fortuna, marchaba lo suficientemente bien como para que pudiéramos vivir todos con comodidad. Sin embargo, la vida se me iba veloz, de la tienda a casa, con las preocupaciones siempre a flor de piel: que si la niña mayor se retrasa más de diez minutos, que si le habrá ocurrido algo, que si la segunda empieza a responder de forma muy rebelde, que si Marisa se había encontrado con Rosario y esta le había contado lo de la hija de su vecina, adolescente también, que se había ido con un novio a quien nadie conocía, siete u ocho años mayor que ella, y que había llamado a su madre desde Barcelona, para tranquilizarla y para decirle que se iba a quedar a vivir allí, con catorce años, por Dios, sin haber salido apenas del nido y ya volando libre entre todos los peligros del mundo. Era para volverse loco, y encima, ahora, lo de la chica del telediario, que ya tenía delito, hombre, irse a enamorar de ella, tan inalcanzable, mientras Marisa, a mi lado, ignoraba las veleidades de mi corazón loco y

absurdo.

Sin embargo, los hechos eran los hechos, y no me cabía ninguna duda de que mis sensaciones cuando veía a Carolina eran las mismas que había tenido cuando conocí a Marisa, cuando la esperaba todas las tardes en un banco cerca de su instituto, para verla pasar y decirle hola, sin más pretensiones, desde ese tiempo impreciso de nuestra adolescencia, porque mi amor hacia Marisa nació cuando ambos estudiábamos el bachillerato, hace ya casi treinta años. Veía a Marisa pasar delante de mí, con los libros abrazados sobre su pecho, y me diluía con su mirar sereno, con esos ojos tan negros que parecía que me hablaban, todos los días; con una angustia placentera pegada a la boca del estómago, cosquilleando todo mi cuerpo. Y así fue durante mucho tiempo, meses quizás, hasta que un día me decidí a dirigirle la palabra más allá del saludo convencional y todo mi interior se alborotó de la misma manera que ahora se alborotaba al mirar en la tele a esta chica de las noticias. Por eso estaba seguro de que lo que sentía hacia ella era amor, como el que me inspiraba en aquellos años Marisa: tal vez en estos momentos mi apasionamiento por mi mujer no sea el mismo de entonces, pero estoy seguro de que la sigo queriendo, a pesar de la presencia insistente de Cristina Pérez o como se llame mi amada lejana.

No sé, entonces, si se me considerará como una locura o como una inmensa sandez el atrevimiento que llevó a buscar una cita con la presentadora guapa del telediario. Comencé por lo que era, sin duda, lo más sen-

cillo: enterarme con certeza del canal en el que salía, de la hora de su presencia en la tele y, lo más importante, de su nombre exacto. Parecerá una tontería, pero me costó este trámite más de lo que hubiera creído, y ello por una serie de circunstancias varias a cual más banal. De entrada, mi hija Sofía, la segunda, la que empezaba ya a copiar las maneras de su hermana mayor, no concebía que fuera posible que yo cogiera el mando del televisor y encendiera el aparato: para ella era tan rara mi imagen ante la tele que no paraba de reírse y de meterse conmigo, que si necesitaba ayuda o sabía yo solo apretar los botones del mando, que si estaba enfermo, que si me había poseído un espíritu...; un sinfín de chiquillerías que me hacían reír y que me llevaban a abandonar mi búsqueda para volver a ella cuando estuviera solo, hora esta en la que casi nunca había noticias en la televisión. Decidí esperar al momento de la comida o de la cena, que era cuando, en realidad, yo solía ver las noticias, pero me costó que apareciera el canal adecuado. Marisa había debido de decidir ver las noticias en otro canal diferente, pues no aparecía Carolina Martínez, sino un tipo con bigote y expresión jovial, al que acompañaba una rubia de ojos casi transparentes que se llamaba Elisa Perales y que no me atraía en lo más mínimo, aunque también era hermosa.- Deduje de esto que no se trataba de una fijación por las chicas del telediario, sino que mi amor (sí, mi amor) por mi desconocida Catalina o Cristina Álvarez era sincero y terrible; tan terrible que me estaba llevando nada menos que a buscarla, con la firme

intención de concertar una cita con ella para conocernos mutuamente.

Por fin, una noche, en las noticias de las nueve, apareció mi amada en la pantalla, con su mirada dulce y sus labios sensuales, con su cara preciosa enmarcada por esos cabellos oscuros que tanto me atraían. El primer choque fue el del nombre, que se hizo visible en la parte inferior de la pantalla, mientras yo me embobaba como siempre contemplándola: Almudena Saura; ni Cristina ni Carolina ni Catalina: Almudena. Del apellido mejor no hablar: cualquier parecido entre los que yo sospechaba y el auténtico sería tenido por rareza del entendimiento humano. Me preocupó mi falta de precisión, sobre todo teniendo en cuenta que Almudena me tenía amarrado a su boca y a su mirada, pero me sacó de las cavilaciones la alegría de saber su nombre y el canal en el que trabajaba. Almudena, música en el interior de mi cerebro cuando repetía sus sílabas mentalmente: Almudena, Almudena... De nuevo me reconocí como un colegial bobo, enamorado a mis cuarenta y pico años de una figura plana que se movía muy poco dentro del televisor, rechazando por ella a mi adorada Marisa, ignorante de todas mis angustias y de mis nuevos anhelos amorosos. Si Marisa se enterara de mis devaneos seguramente no les diera ninguna importancia, pues ella tenía los pies en la tierra y sabía que Almudena no suponía un peligro para nuestra relación. Yo no estaba tan seguro de eso, pues me había propuesto, como ya he contado más arriba, encontrar a mi amada televisiva y

hablar con ella, y declararle mi amor si era preciso. Marisa pensaría que Almudena era como Nicole Kidman o Scarlett Johansson, cuya belleza suelo alabar cuando las veo en una película, del mismo modo que ella alaba los encantos de Leonardo di Caprio o de George Clooney, pero nunca llegaría a creerse que me había enamorado de ella con la necesidad de todo enamorado, que Almudena podría llegar a poner en peligro nuestros tres lustros largos de matrimonio. Es curioso: si yo me enamorara de Claudia, por ejemplo, la vecina del tercero, una belleza digna de los clásicos griegos, y Marisa se enterara de ello, seguramente se enfadaría, se mostraría celosa y se plantearía hacer algo con nuestra vida en común, incluso creo que me echaría de casa. Sin embargo, si se enterara de que me he enamorado de Almudena Saura, la chica del telediario, seguramente se reiría con desgana y se olvidaría de ello a los pocos minutos. ¿Por qué? Extraños comportamientos del ser humano, como si fuera imposible hacer cercana a la mujer que ahora parecía inalcanzable y transformarla en la misma imagen carnal y presente que era Claudia. A ello me aprestaba yo entonces, de manera decidida, sin valorar los pros y los contras de mi actitud, desdeñando el peligro en el que ponía mi pasado con Marisa y las niñas.

Al día siguiente de mi descubrimiento básico, comencé a hacer los movimientos necesarios para localizar a Almudena. No era difícil: había que buscar en la guía de teléfonos el número del canal de televisión en el que trabajaba y luego llamar preguntando por ella. Así

lo hice, pero cuando tenía ya el auricular del teléfono en la oreja y marcaba los números que me llevarían tal vez a hablar con mi deseada Almudena, vi entrar en el salón a mi hija Sofía, con sus once años y los labios pintados de carmín, con sus once años y sus ojos matizados de rimel negro, con sus once años y los párpados levemente teñidos de azul celeste, con sus once años y una de esas faldas tan cortas que solía ponerse contra mi voluntad su hermana Irene. Colgué el teléfono y fijé mi mirada en la niña que se acercaba a mí arreglada como una mujer y, cuando iba a darle una voz que le hiciera temblar, apareció detrás de ella Marisa, sonriente, con una expresión feliz que congeló mi ira hacia Sofía, en la certeza de que mi mujer aprobaba sobradamente los adornos de mi hija. Así era, en efecto, tal como declararon sus palabras: ¿Has visto lo guapa que se ha puesto tu niña? Yo callaba, atónito y sin palabras. No digas que no está preciosa, Pedro. Y yo callado. ¡Que te estoy hablando a ti, Pedro, que pareces bobo, hijo! ¿Has visto a la niña? Claro que la había visto, pero no daba crédito a mis ojos ni a mis oídos. ¿Y por qué va tan arregladita, que parece que tiene veinticinco años en vez de once?, dije por fin, con la mano aún encima del auricular colgado del teléfono. Marisa dijo que Sofía iba a un baile que habían organizado en el colegio con motivo de la fiesta anual del centro. Yo dudé si el baile era en el colegio o en algún antro de perversión, porque me resultaba difícil ver a mi niña de once años con esas trazas de adulta, encaminándose de la mano de su madre a una fiesta de

dudosa reputación. Marisa, que adivinaba mis pensamientos, subrayó y rubricó su intervención tachándome de moralista de tres al cuarto y de carga trasnochado, sin dejar de mirarme como si hubiera hecho algo malo y sin haberme oído decir una palabra: tantos años juntos le permitían a mi mujer adivinar mis pensamientos, indudablemente. Para terminar su intervención, antes de salir de casa con Sofía, supongo que para acompañarla a la negra fiesta del colegio, Marisa me preguntó: ¿A quién ibas a llamar, que todavía no has soltado el teléfono? Yo contesté: A Martín, para dar un garbeo por ahí. No sé si se lo creyó o no, pero sus palabras me dejaron intranquilo: A Martín, a Martín..., cualquiera sabe lo que andas tramando. Y se fue con la niña maquillada, tal vez molesta conmigo.

Lo que tienen las prisas y las urgencias del amor es que no dan lugar a otras preocupaciones que no sean las tuyas propias. Por eso, sin duda, olvidé el posible enfado de Marisa y la decoración excesiva de Sofía en cuanto ambas cerraron la puerta de la calle, tras salir; y por eso, también sin duda, volví de inmediato a mi ocupación anterior a la entrada en escena de mi mujer y mi hija segunda, y marqué de nuevo el número del canal de televisión en el que trabajaba Almudena, mi única inquietud y alegría en esos momentos. El resultado de mi llamada fue negativo, ya que una telefonista que me pareció excesivamente antipática me dijo que la señorita Saura no llegaba hasta las seis: me quedaban dos horas de espera. Quien alguna vez haya estado enamorado

sabr  que una espera de dos horas para poder oír la voz dulce de la amada puede ser tan larga como toda la eternidad. Y así fue; los minutos pasaron lentos y mi cabeza se llenó de inquietudes ajenas al amor que entonces me quemaba. Volvieron entonces el maquillaje de Sofía, la complacencia de Marisa y el tono arisco de Irene, mi hija mayor, que no sabía dirigirse a mí sin hacer visible una mueca displicente y un deje irónico en las palabras que me decía, como si yo fuera su enemigo natural, además de no enterarme de nada (eso lo repetía a menudo: No te enteras de nada, papá). Ahora, la fiera estaba recluida en su habitación, estudiando o haciendo sus deberes, o tal vez oyendo canciones blandas interpretadas por cantantes guapitos de cara que seguramente se llamarán David, nombre muy común de estos melifluos juglares de nuestro tiempo. De las cuatro mujeres de mi casa, la única que aún no me somete a ninguna tiranía es Natalia, mi niña, a quien a esas horas estaría recogiendo Marisa de la guardería, camino de esa fiesta escolar a la que las muchachas acuden maquilladas como modelos de pasarela. Me pregunto qué será de Natalia si yo sigo adelante en mi relación con Almudena;  dejar  de verla? Todo es confuso en esta vida: con lo a gusto que yo estoy en mi casa, con mi Marisa (que, aunque a veces se ponga seria, sigue siendo mi amor) y con mis niñas (que, aunque a veces sean secas y déspotas, siguen siendo mis amores), y mira t  por dónde me he tenido que enamorar de otra mujer, la del telediario de las nueve para más regodeo, una mujer casi inalcanzable. Y no solo me enamoro

de ella, sino que me planteo que ya tengo una relación con ella; no hace mucho que lo he escrito, más arriba. Pero, ¿de qué relación hablo yo, si Almudena Saura ni siquiera sabe que existo? Además, probablemente, cuando se entere de que existo pensará que estoy loco o que soy un obseso, un maniaco que disfruta espiando a las chicas que salen en la tele, un viejo verde que está en plena crisis de los cuarenta y se entretiene haciendo llamaditas telefónicas a jovencitas, con el ánimo de luchar contra sus frustraciones. Almudena rechazará mi proposición de conocernos y me dejará inmerso en los suspiros más desesperados y angustiosos, en medio de la tierra yerma en la que viven todos los que no son correspondidos por sus amadas.

Cuando por fin llegaron las seis aún no habían vuelto ni Marisa ni Sofía. Yo había consumido ese tiempo irrepentible sentado ante el televisor encendido, con el canal de Almudena puesto, para sentirla más cerca, pero con la muerte viajando por un mar de preocupaciones y de sinsabores imaginados. En su habitación seguía agazapada mi hija Irene, como al acecho pensaba yo, esperando el momento de salir y de hacerme ver que era un ser inferior. De hecho salió un par de veces, en dirección a la cocina, y me dejó claro que estaba fuera de lugar (¡Papá viendo la tele! Ya me quedan pocas cosas que ver en esta vida. ¿Es que no vas hoy a la papelería?). En efecto, estaba fuera de lugar, como mi amor imparable por Almudena, como el molesto cosquilleo que se apoderaba de mí cada vez que pensaba en que la iba a llamar

y, tal vez, iba a hablar con ella por teléfono. Marqué por tercera vez el número de la emisora de televisión en cuanto oí cerrarse la puerta de la habitación de Irene, que había vuelto a pasar por el salón, de nuevo hacia la cocina, y me había mirado con una sonrisa burlona, sin palabras, al volver a su cuarto con un bocadillo en la mano. La voz desagradable de la telefonista me dijo que esperara un momento, por favor, pero no me preguntó quién era, lo cual me extrañó pero, a la vez, me llenó de alegría, pues no tenía nada claro qué respondería a una pregunta sobre mi identidad. Al cabo de unos segundos pude oír claramente, al otro lado del teléfono, la voz inconfundible de Almudena, tantas veces oída durante las cenas familiares, en el fondo remoto del televisor encendido. Tardé en contestar cuando ella habló; de pronto me di cuenta de que no había pensado qué le diría si lograba que me hablara. Al fin pude preguntar: ¿Almudena?, al mismo tiempo que ella repetía su primera palabra, tal vez impaciente ante mi silencio. Luego contestó a mi pregunta: Sí, yo soy, ¿quién eres? Yo no vacilé entonces: Soy Pedro, ¿podemos comer juntos mañana? Me di cuenta de que la hablaba como si fuéramos amigos íntimos y nos viéramos casi a diario, pero, sin saber cómo, mis palabras parecían ir por libre, sin pedirme permiso para salir a llenar la conversación telefónica. ¿Pedro? ¿Qué Pedro? No caigo, perdona, dijo su voz extrañada. Y mis palabras volando solas: Pedro, ¿qué Pedro voy a ser? El que te mira todas las noches en el telediario, embobado, ¿no me recuerdas? Noté de inme-

diato un calor sofocante en las mejillas y supe que me estaba ruborizando ante el atrevimiento de mi boca, tan ajeno a mí mismo. Al otro lado, el silencio parecía solidificarse, y hasta que no transcurrió un tiempo considerable no volví a oír a Almudena, ahora sería y arisca: No sé quién es usted ni me hace gracia su sentido del humor. Creí que tras esta frase colgaría el teléfono, pero no fue así; mi amada permaneció silenciosa, como esperando me veas te acuerdas: si te veo a diario, en la tele. Entonces sí que colgó, sin esperar más, y me dejó en una penumbra de ausencias, con el auricular pegado a la oreja, en cuyo interior resonaban, todas mezcladas, las palabras insensatas que había pronunciado mi boca sin que yo fuera consciente. Desolado, colgué el teléfono y me senté en el sofá, dispuesto a hundirme en la pesadumbre, con la certeza de que ya no me sería fácil volver a intentar un acercamiento a Almudena, al menos por vía telefónica. Detrás de mí, la puerta de Irene volvió a cerrarse: pensé que la niña no hacía más que perder el tiempo, entrando y saliendo de su habitación, buscando la menor excusa para levantarse de la mesa de estudio y paralizar la realización de los deberes escolares. No era nada fácil lograr que las niñas se concentrasen en el estudio, todo el día peleando con ellas y con su mal humor para lograr que aprovecharan bien el tiempo.

Durante un buen rato no me moví del sofá, con la idea fija de Almudena rechazando mi proposición, en la lejanía que había señalado nuestra conversación telefó-

nica. La tarde pasó lenta y por delante de mi soledad desfilaron las mujeres de la casa, como si siguieran un protocolo previamente diseñado: primero llegó Marisa con Natalia de la mano, hablando animadamente de la intensa jornada de la niña en la guardería, narrada por esta con minucioso detalle; cuando oí la llave en la cerradura de la puerta cogí el periódico que estaba sobre la mesita del salón y disimulé, como si lo estuviera leyendo. Marisa y Natalia se acercaron a mí y me saludaron con sus besos. Volvió a abrirse de nuevo la puerta de Irene, que acudía a recibir a su madre y a su hermana pequeña: un nuevo pretexto, pensé, para hacer otro alto en el trabajo. Tras unos minutos, cada una partió hacia su lugar y yo me quedé solo, pero no tardó en entrar en escena la última actriz de aquella función que se representaba ante mi desolación: Sofia, con su minifalda escandalosa y su maquillaje de adulta. La niña, sin embargo, era mucho más cariñosa que su hermana Irene, y nada más verme vino hacia mí, se sentó sobre mis piernas y me dio un abrazo que me hizo sentirme un miserable por haber pensado en cambiar a mis chicas por una desconocida que daba las noticias en la televisión. La verdad es que mi niña estaba guapísima con el maquillaje y la falda corta, aunque a mí me costaba mucho aceptar que saliera así a la calle. Me contó con un nerviosismo feliz todo lo que había hecho en la fiesta del colegio, los refrescos que se había bebido, las canciones que había bailado con un chico llamado Tony (que, según ella, era muy guapo) y lo bien que se lo había pasa-

do con sus amigas, hablando y riendo, y yo me sentí contento por su felicidad. Luego se fue corriendo, como si el salón fuera una calle larguísima, a buscar a su madre para contarle también a ella su tarde mágica en el colegio.

De nuevo solo, volví a mis cavilaciones de enamorado despechado, con el fondo de las voces y ruidos cotidianos de la casa: Sofia corriendo de un lado para otro, siempre con prisa al parecer, Natalia moviendo juguetes en su habitación, con la puerta abierta, trasteando sin parar, Irene y Marisa hablando en algún lugar de la casa, con palabras ininteligibles en la distancia, pero que sonaban a confidencia. Pensé que Irene era ya casi una mujer y sentí que el tiempo pasaba veloz, mientras crecía en mí el vacío del desdén de Almudena, mezclado con el remordimiento de estar siendo infiel a Marisa, aunque solo fuera de pensamiento. Sin embargo, no podía evitar la búsqueda de una salida a mis amores por la presentadora del telediario, y fue entonces cuando decidí que tenía que ir a buscarla y presentarme ante ella, y decirle: yo soy el que te llamó por teléfono, Pedro, y estoy enamorado de ti. Pero no quedaba más remedio que aplazar esta acción para el día siguiente.

Las cosas, no obstante, fueron de otra manera muy distinta a como yo había imaginado, ya que esa noche sucedió algo que cambió el curso de los acontecimientos. A la hora de la cena, las niñas y Marisa parecían estar tramando algo, como si fueran cómplices de un extraño complot, a juzgar por las miradas furtivas que

me dirigían y por la expresión seria de sus rostros: solo Natalia seguía manteniendo su comportamiento habitual. El televisor actuaba como banda sonora, con la musiquilla de los anuncios y las voces de sus protagonistas, previas al comienzo del telediario de Almudena. Marisa me miraba en silencio y miraba luego la tele, como si ella también esperara, como yo, la presentación de la presentadora de las noticias. Y así era, ya que cuando Almudena Saura ocupó con su sonrisa la pantalla del televisor, mi mujer y mis dos hijas mayores se levantaron de sus sillas y me miraron de forma impertinente. Marisa dijo: Te dejamos con tu chica, para que concretéis vuestra comida de mañana, aunque de momento te quedas cenando con ella. Que lo paséis bien, y no te pases con las caricias, que a veces eres muy sobón. Luego cogió de la mano a Natalia y las cuatro desaparecieron de mi lado. Sin capacidad para reaccionar, oí cómo se abría y se cerraba la puerta de la casa, envolviéndome de inmediato en una soledad y un silencio solo rotos por la voz de Almudena, mi amada de la tele, que hablaba de los conflictos en Oriente Medio. Miré a la pantalla y me pareció que la chica me miraba con un gesto de compasión. Recordé entonces que Irene salía y entraba de su habitación mientras yo hablaba por teléfono con Almudena, sospeché que había estado espíandome y había oído todas mis palabras insensatas, tuve la certeza de que Irene le había contado todo a Marisa cuando hablaron, al llegar esta con Natalia; supe, en fin, que Almudena había cobrado, a los ojos de mi esposa, la

consistencia carnal y real de Claudia, la vecina escultural de la que yo no estaba enamorado: para Marisa también se había hecho posible la presentadora guapa del telediario y, con ella, había crecido la sensación de sentirse engañada por su marido, de pasar a ser la mujer de un adúltero. Y yo, ahora, estaba solo, sintiendo el vacío de las cuatro ausencias. Sin duda volverían, pero la vida sería distinta a partir de ese momento. Miré al televisor y vi de nuevo a Almudena: sus ojos y sus labios seguían siendo un reclamo ineludible en medio de la soledad que me habitaba.

## Índice

págs

María Antonia Ricas.....	5
Lola López Díaz.....	8
Joaquín Copeiro.....	12
Ana Ferreira.....	16
M <sup>a</sup> Carmen Cerrillo.....	20
Luis Pablo Gómez Vidales.....	26
Manuel Palencia.....	27
Mayte González-Mozos.....	30
Santiago Sastre.....	34
Joaquín García Garijo.....	36
Rafael J. Pascual.....	41
Paco Morata.....	48
Rosa S. Orozco.....	50
Rosa Trujillo Nieto/Antonio Tebar...	53
María José Vioque.....	57
Jesús Morata.....	60
Rosa Trujillo.....	78
Jesús Pino.....	79
Enrique Galindo.....	88
Francisco del Puerto Almazán.....	91
IGV.....	97
Juan Carlos Pantoja Rivero.....	101



Copia digital realizada por el  
**Archivo Municipal de Toledo**

PATROCINA



Ayuntamiento de Toledo